

LA RAÍZ DEL PROBLEMA

POR QUÉ PECAMOS Y CÓMO PODEMOS SUPERARLO



Andy Sochor

Versión al español por
Josué I. Hernández

La Raíz del Problema

Por Andy Sochor

Versión al español por Josué I. Hernández

Copyright 2023

Derechos Reservados

Wayne Partain

1714 W. 25th Street

Odessa, TX 79763

waynepartain1@gmail.com

Tabla de contenido

Prefacio	4
1 El Problema del Pecado	6
2 “Somos Humanos”	10
No es una razón. Es sólo una excusa.	
3 No Vemos el Pecado como lo Que Es	14
4 Ignorancia	19
5 Fraude	23
6 Rebelión	28
7 Soberbia	33
8 La Presión de la Mayoría	40
9 Impaciencia	46
10 Materialismo	49
11 Curiosidad	54
12 No Llenar Nuestras Vidas con Cosas Buenas	62
13 Falta de Prioridades	67
14 Circunstancias Difíciles	73
15 Malos Hábitos	78
16 Falta de Autocontrol	83
17 Falta de una Inmediata Obligación	88
18 Falta de Amor al Prójimo	93
19 Falta de Amor a Dios	97
20 Falta de Temor de Dios	102
21 Conclusión	107

Prefacio

El libro de Jeremías contiene una descripción triste de la gente de Jerusalén: “¿Se han avergonzado de haber hecho abominación? Ciertamente no se han avergonzado, ni aun saben tener vergüenza; por tanto, caerán entre los que caigan; cuando los castigue caerán, dice Jehová” (Jer. 6:15).

El problema que ellos tenían era que ya no sentían vergüenza por sus pecados. Me temo que muchos hermanos están desarrollando la misma desvergüenza ahora mismo. No estoy hablando de la rebelión en contra de Dios y la glorificación de la maldad (aunque, tal cosa podría existir en algunos). Me refiero a la etapa que precede a esto, la creencia de que el pecado es normal y de esperarse entre el pueblo de Dios.

¿Con qué frecuencia algunos hermanos afirman públicamente que nosotros somos débiles y pecamos a menudo? ¿Con qué frecuencia oímos hablar de que los cristianos no pueden vivir un día, o incluso una hora, sin pecar? ¿Con qué frecuencia usted oye a predicadores del evangelio que afirman que ellos mismos a menudo y regularmente pecan cediendo a la tentación?

Para que quede bien claro, no estoy diciendo que debemos ignorar el pecado. Si somos “débiles” debemos ser más fuertes. Si pecamos, debemos arrepentirnos y buscar el perdón de Dios. Si regularmente cedemos a la tentación, debemos crecer y aprender a resistir.

Entonces, si las condiciones anteriores existen, debemos reconocerlas como un grave problema. Para los cristianos, el pecado es una vergüenza que no se acepta ni se espera. Pecamos cuando tomamos la decisión de pecar. Pueden existir muchos factores que nos conducen a tomar la decisión de pecar (que es de lo que trata éste libro), pero todo se reduce a nuestra propia elección.

Les animo a dejar de pensar que el pecado es normal entre el pueblo de Dios. El pecado es normal entre los del mundo. Los cristianos somos diferentes. Dios provee de una vía de escape para cada tentación (1 Cor. 10:13). Si usted quiere encontrar esa vía de escape, es importante que usted aprenda las razones de por qué pecamos y cómo podemos superarlo. Espero que el material que le provee este libro le ayude a convertirse en un buen cristiano quien sigue el ejemplo santo de Cristo.

El Problema del Pecado

Hay muchos problemas que enfrenta el mundo actualmente, como la pobreza, la injusticia, el hambre y las enfermedades. Grandes cantidades de tiempo, esfuerzo y recursos se utilizan para tratar de encontrar soluciones a éstos problemas. Incluso si no hemos sentido los efectos de tales cosas sobre nuestro propio ser, es natural que los seres humanos manifestemos la empatía hacia los que sufren. Esto es particularmente cierto si atendemos a la orden de Jesús: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mat. 22:39).

Por difíciles que estos problemas sean, hay otro problema que es mucho más destructivo y frecuente: “por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Rom. 3:23).

El problema del pecado no está limitado a un tiempo particular, región o país, el pecado es universal.

El pecado fue introducido en el mundo no mucho tiempo después de la creación (Gen. 3:1-24; Rom. 5:12) y continuará presente hasta que el universo sea destruido (2 Ped. 3:10- 13).

Si bien, es bueno el ayudar a aliviar los muchos otros problemas que las personas enfrentan en el mundo, nuestro principal problema debe ser ayudar a aliviar el problema del pecado, primeramente en nuestra propia vida, y luego en la vida de otros.

Jesús vino a la tierra para hacer posible el perdón de los pecados. “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu” (1 Ped. 3:18). “pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Jn. 1:7). Por lo tanto, la solución al problema del pecado es Cristo (Mat. 1:21; Jn. 1:29).

Sin embargo, la obra de Cristo no se limita simplemente a ofrecer su perdón. El perdón de los pecados, sin duda es importante, de hecho “Porque la paga del pecado es muerte” (Rom. 6:23). Cuando somos perdonados, por la gracia de Dios, ya no hay culpa por los pecados cometidos, al punto que Dios llega a considerar al pecador “inocente.” Esas transgresiones no serán nunca más recordadas en nuestra contra. Debemos dar gracias a Dios por éste don maravilloso. Pero, hay algo más que la muerte de Cristo ha provisto para el hombre. Además del perdón de los pecados, Jesús también nos da la libertad del poder del pecado.

Muchos no entienden el don celestial de la “libertad del pecado” que Cristo ha hecho posible con su sangre. Ellos desean el perdón de los pecados, pero también desean continuar en su pecado. Ellos quieren gozar de los beneficios de la gracia de Dios, pero sin la responsabilidad de servir a Cristo. El apóstol Pablo se dirigió a ésta actitud entre los santos de Roma, y sus palabras también son necesarias para nosotros hoy: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Rom. 6:1-2).

El pensamiento de los romanos (al igual que el pensamiento de muchos cristianos de la actualidad) no cuadra con el plan de Dios. Entonces, ¿la gracia de Dios provee el perdón? ¡Por supuesto! Todos necesitamos su gracia por causa de nuestros pecados, eso es totalmente cierto. Pero, luego hay una suposición falsa basada en la incomprensión de este hecho. Algunos actúan como si dijeran “entre más pecado cometa, más de la gracia de Dios recibiré.” Sin embargo, esta idea no es verdad, ¿por qué? Pablo responde con una pregunta: “Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Rom. 6:2).

Los que nos hemos convertido en cristianos hemos sido perdonados de nuestros pecados. Pero hay más que eso. No sólo hemos sido perdonados, también nos hemos convertido en “muertos al pecado.”

El apóstol Pablo enfatiza este punto cuando se dirige a la errada concepción que los santos romanos tenían acerca de la gracia y el pecado: “sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado” (Rom. 6:6-7). “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rom. 6:11).

Cuando estamos crucificados con Cristo, somos hechos libres del pecado. La gracia de Dios no nos da licencia para pecar sin castigo. La gracia de Dios nos perdona y nos libera de los grilletes del pecado. “Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia” (Rom. 6:14).

Pablo, entonces, se dirige a las preguntas y respuesta más obvias: “¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera” (Rom. 6:15). Pero, ¿por qué no? Si Dios por su gracia nos ha otorgado perdón y salvación, ¿cómo podríamos vivir preocupados de pecar?

“¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia” (Rom. 6:16-18).

El pecado esclaviza. Esto puede ocurrir incluso después de que uno ha obedecido el evangelio y ha alcanzado el perdón de sus pecados. Un cristiano puede todavía caer en el pecado, (“obedezcáis sus lujurias,” Rom. 6:12, LBLA), y volver a ser un esclavo de él. Pablo nos dice por el Espíritu: “Porque la paga del pecado es muerte” (Rom. 6:23).

Nos hará bien el beneficiarnos de la gracia de Dios para obtener no sólo el perdón de los pecados, sino que también la libertad de la esclavitud del pecado.

Los cristianos, por lo tanto, no deben involucrarse en el pecado. Sin embargo, la triste realidad es que los cristianos lo hacen. Pecamos. Y si practicamos el pecado, seguimos tan destituidos de la gloria de Dios, aunque hayamos sido lavados de nuestros pecados en la sangre de Cristo. ¿Por qué? Y, ¿qué podemos hacer para superar dicha condición? Espero poder responder a estas preguntas en este estudio.

~ 2 ~

“Somos Humanos”

No es una razón. Es sólo una excusa.

El pecado es un problema universal. Justo antes de decirle a los romanos que “por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Rom. 3:23). El apóstol Pablo usó varios pasajes del Antiguo Testamento para recordar a sus lectores de la naturaleza universal del pecado:

“¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado.

Como está escrito:

No hay justo, ni aun uno;

No hay quien entienda,

No hay quien busque a Dios.

Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;

No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.

Sepulcro abierto es su garganta;

Con su lengua engañan.

Veneno de áspides hay debajo de sus labios;

Su boca está llena de maldición y de amargura.

Sus pies se apresuran para derramar sangre;

Quebranto y desventura hay en sus caminos;

Y no conocieron camino de paz.

No hay temor de Dios delante de sus ojos”

(Rom. 3:9-18)

Los judíos no podían afirmar que el pecado era un problema que afectaba solamente a los gentiles. Ni tampoco podrían afirmar los gentiles que sólo los judíos estaban perdidos en sus pecados. Todas las personas, de todas las razas y clases sociales, en los distintos tiempos y lugares, han pecado.

En la Biblia podemos informarnos de un cuadro persistente de pecado en el hombre. Adán y Eva, el primer hombre y la primera mujer, transgredieron la palabra de Dios en el Jardín de Edén (Gen. 2:17; 3:6). Así el pecado se introdujo en el mundo. Algunas generaciones más tarde, el hombre había progresado hasta el punto en el que “todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Gen. 6:5). Por consiguiente, Dios destruyó a toda la humanidad, con la excepción de Noé y su familia.

El diluvio universal no erradicó el problema. El pecado continuó. Incluso los justos no fueron inmunes. David, un hombre conforme al corazón de Dios (Hech. 13:22), tuvo una infame aventura con Betsabé, lo que eventualmente lo llevó a organizar el asesinato Urías, el marido de ella (2 Sam. 11:1-17). Pedro, uno de los apóstoles escogidos del Señor, negó a Jesús tres veces, a pesar de que afirmó estar dispuesto a morir con Cristo (Mat. 26:33-35; 69-75).

El hombre ha mostrado en repetidas ocasiones su preferencia por el pecado, y en algunas ocasiones lo ha hecho con mucha vehemencia. Pero, todo el mundo ha pecado. Al considerar éste hecho, muchos se desaniman pensando que no existe alguna manera de vencer el poder del pecado. “Somos humanos” es la excusa que se da (como si esto justificase las acciones de alguno).

Uno de los principios fundamentales del Calvinismo es la maldad inherente del hombre. La doctrina calvinista de la depravación total es la creencia de que nacemos en un estado tal que estamos totalmente corruptos, inclinados siempre al pecado, y sin poder hacer lo correcto por iniciativa personal. Esta doctrina, afirma además, que no podemos llegar a Dios sin una operación directa del Espíritu Santo en el corazón.

Sin embargo, la Biblia enseña algo muy diferente a lo que enseñó Juan Calvino. “He aquí, solamente esto he hallado: que Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchas perversiones” (Ecles. 7:29). Cuando pecamos, es porque hemos elegido pecar. No es porque no somos capaces de contenernos o que Dios no hizo algo para im-

pedirnos pecar. La doctrina de Calvino quita la culpa de la persona que comete el pecado, haciendo a Dios responsable por no regenerar al pecador.

Es cierto que somos humanos. Pero esto no es una razón para pecar. Por supuesto, todo el tiempo que vivamos, tendremos la posibilidad de pecar. Pero esto no es excusa para justificar el pecado en nuestra vida. Siempre podremos tomar la decisión: hacer el bien o hacer el mal.

¿Una vida sin pecado es un objetivo imposible?

El hecho de ser humanos no debe significar que seremos pecaminosos. El mundo religioso nos ha condicionado para pensar de ésta manera. Pero, la maldad no es inherente en la vida del hombre. Pecamos cuando decidimos pecar. Entonces, ¿cómo comenzamos el trabajo de erradicar el pecado de nuestras vidas? Debemos comenzar por reconocer que el ser “sólo humanos” no es una excusa para pecar.

A pesar de que somos “sólo humanos” Dios espera ciertas cosas de nosotros. Debemos crucificar al viejo hombre, morir al pecado y revestirnos del nuevo hombre (Gal. 2:20; Col. 3:9; Rom. 6:3-6). Somos llamados a la santidad, como el apóstol Pedro dijo: “sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir” (1 Ped. 1:15). Jesucristo dijo: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mat. 5:48).

¿La perfección es realmente posible? Obviamente, no podemos cambiar el pasado y deshacer los pecados que cometimos anteriormente. Ahí es donde el perdón de Dios entra en juego. Pero, ¿qué tan realista es el pensar que de ahora en adelante podremos vivir sin pecado? Muchos dirán que esto es imposible. Yo diría que, aunque no es necesariamente probable (al considerar la falta de fe de muchos), es totalmente posible con la ayuda de Dios.

Considérese la garantía que Pablo entregó a los cristianos en Corinto: “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea común a los hombres; y fiel es Dios, que no permitirá que vosotros seáis tentados más allá de lo que podéis soportar, sino que con la tentación proveerá también la vía de escape, a fin de que podáis resistirla.” (1 Cor. 10:13, LBLA).

Nunca vamos a encontrar una situación en la que no podamos evitar el pecado. Nunca. Lo que esto significa, es que cada vez que nos veamos tentados a pecar podremos resistir la tentación y hacer lo que es correcto. Todas las tentaciones que se nos presenten, pueden ser resistidas. ¿Cómo podemos estar tan seguros de esto? Dios hizo una promesa. Él proveerá una “vía de escape” para que podamos soportar la tentación. Y sabemos que la vía de escape estará presente, porque él es fiel; depende de nosotros el encontrarla y acceder a la solución que él ha prometido.

A pesar de la seguridad divina de superar cada tentación, el hombre sigue pecando. Y lamentablemente, aquellos que reconocen que su humanidad no es una excusa, y que entienden lo que Dios requiere de nosotros, viven presos del poder del pecado.

Tenemos que esforzarnos más para erradicar el pecado de nuestras vidas. A medida que continuamos con éste estudio, examinaremos las razones por las cuales pecamos y cómo podemos superarlo.

Resumen

Si usted se ha dispuesto a quitar el pecado de su vida, deje de poner excusas. Aunque la historia del hombre muestra una preferencia por el pecado, ésta es una cuestión de elección no de depravación inherente. Recuerde la promesa divina, todo pecado puede superarse.

No Vemos el Pecado como lo Que Es

El mundo en el que vivimos tiene una percepción distorsionada del pecado. En nuestra sociedad el pecado puede ser una broma, y por lo tanto ignorado, e incluso glorificado. Pero la palabra de Dios nos presenta una perspectiva totalmente diferente. El pecado es de las tinieblas (Jn. 3:19-20) y es como gangrena (2 Tim. 2:17). El pecado nos esclaviza (Rom. 6:17,20). La Biblia dice claramente que Dios aborrece el pecado (Prov. 6:16-19).

Si despreciamos lo que las Escrituras enseñan acerca del pecado, no será posible renunciar a él. Uno de los primeros pasos que podemos dar para vencer el pecado, es darnos cuenta en éste preciso instante, de lo realmente malo que el pecado es. Para comenzar, debemos aprobar lo que la Biblia afirma acerca del pecado: “Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley” (1 Jn. 3:4).

El pecado es la transgresión de la ley de Dios. Los mandamientos que Dios nos ha dado no provienen de un tirano malicioso. Dios está lleno de misericordia, gracia y amor para con nosotros, por esta razón los mandamientos de Dios “no son gravosos” (1 Jn. 5:3), pues son dados para bendecirnos. Debemos considerar lo que dice el apóstol Juan acerca del Dios cuya ley violamos cuando pecamos contra él:

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él” (Jn. 3:1).

“Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4:7-10).

“Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él” (1 Jn. 4:16).

La ley de Dios es una extensión de su amor para con nosotros. Siendo nuestro creador, él sabe lo que es mejor para nosotros, lo que realmente necesitamos. Él es la fuente de todo lo bueno (Sant. 1:17). Debido a que él nos ama, él nos dice lo que es pecado para que nosotros lo evitemos.

Consecuencias del pecado

Dios quiere quitar el pecado de nuestras vidas. Pero, ¿por qué? ¿Qué es lo que hace que el pecado sea tan terrible?

Primero, el pecado nos separa de Dios. “pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Is. 59:2). Cuando el pecado fue introducido en el mundo, en el Jardín de Edén, parte del castigo para Adán y Eva fue ser echados fuera del lugar donde antes tenían comunión directa con Dios (Gen. 3:8,24). Hasta el día de hoy, el pecado continúa rompiendo la relación del hombre con Dios.

Segundo, el pecado nos esclaviza. Pablo advirtió a los hermanos de Roma, “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias” (Rom. 6:12). Luego preguntó, “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?” (Rom. 6:16). Si continuamos en el pecado, nos enredaremos más y más en él, por lo

que será más difícil vencer las tentaciones y quitar el pecado de nuestras vidas. Cuanto más pecamos, más difícil será ser libres del poder del pecado.

Tercero, el pecado nos hará perdernos eternamente. Pablo continuó diciendo a los romanos, “Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom. 6:23). Si no llegamos a ser siervos de la justicia (Rom. 6:18), no podemos esperar recibir la vida eterna que Dios nos ofrece por su gracia. En su lugar, conseguiremos lo que merecemos por nuestros pecados, el castigo eterno.

¿Por qué Dios nos dice que debemos evitar el pecado? No es porque él es un gobernante enloquecido de poder que siente satisfacción por decirle a otros lo deben hacer. Él nos dice que evitemos el pecado porque nos ama. Él quiere que seamos libres del pecado, pero el pecado nos esclaviza. Él quiere llevarnos al cielo por toda la eternidad, pero el pecado nos hará perder nuestra alma. Porque él nos ama, nos advierte de la naturaleza destructiva del pecado.

¿Por qué Jesús fue crucificado?

El amor de Dios también se ha demostrado en su disposición de tomar las medidas necesarias para solucionar el problema del pecado. ¿Qué es lo que debía hacer Dios para salvarnos? Su hijo debía morir en una cruz. Jesús dijo a Nicodemo: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado” (Jn. 3:14).

La sangre de Cristo, que fue derramada en su muerte, es el elemento esencial del plan de Dios para expiar el pecado. El escritor de Hebreos dice lo siguiente: “sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (Heb. 9:22). Entonces, “la sangre de Cristo” es capaz de limpiar “vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo” (Heb. 9:14). Por su sangre, Jesucristo pagó nuestra redención (1 Ped. 1:18-19).

Con el fin de asegurar ésta expiación, Jesús vino a la tierra a vivir como un hombre. El soportó la angustia, el rechazo, la tortura, y en última instancia la muerte. Esto tenía que suceder para nuestra redención. Los horribles acontecimientos de la crucifixión, el dolor y la agonía que Cristo sufrió, nos recuerdan lo malo que es el pecado ante los ojos de Dios.

“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:14-16).

Las consecuencias y el castigo por el pecado son demasiado grandes ante los ojos de Dios para simplemente permitir que suframos un destino terrible sin ninguna esperanza de escapar. A pesar de lo horrible que fue la muerte de Cristo en la cruz, el hombre se encuentra frente a algo mucho peor que la propia crucifixión, la separación eterna de Dios en un lugar lleno de agonía y dolor. Esto se debe a nuestros pecados.

El pecado no debe tomarse a la ligera. Dios sabe lo terrible que la paga del pecado es, así que él estuvo dispuesto a ver a su unigénito Hijo sufrir por nosotros. Jesús también entendió la gravedad del pecado al punto de estar dispuesto a dar su vida por nosotros. Por lo tanto, debemos reconocer lo que el pecado es y eliminarlo de una vez de nuestras vidas.

Resumen

Antes de que usted pueda superar el pecado, tiene que reconocer lo que el pecado es. Recuerde lo que la Biblia afirma acerca del pecado:

- El pecado es una transgresión de la ley de Dios.
- Dios nos ha dado sus mandamientos a causa de las terribles consecuencias del pecado: la separación de Dios, la esclavitud al pecado, y la condenación eterna.
- La terrible muerte que Jesús sufrió en la cruz, no es tan terrible como el castigo que a usted le espera por sus pecados.

Ignorancia

Las leyes son frecuentemente transgredidas por aquellos que no saben de su existencia, y por lo tanto las ignoran. En estos casos, la infracción siempre se comete independientemente de algún desconocimiento presentado en el infractor de la ley. Así, pues, no es nada extraño que alguno afirme que no sabía que estaba violando una ley. Sin embargo, el infractor siempre debe recibir un castigo.

Este concepto no es difícil de entender según el ordenamiento jurídico de nuestra sociedad. Sin embargo, cuando se trata de la ley de Dios la gente tiende a mirar este asunto de manera diferente. Tal vez, no siempre saben que lo que están haciendo es algo malo, pero se sienten satisfechos de asumir que están haciendo todo bien. Se niegan a creer que nuestros pecados nos condenarán. La ignorancia, por lo tanto, es una excusa (pretexto) delante de Dios, como también es una excusa delante de las autoridades humanas.

¿La ignorancia es felicidad?

Probablemente todos hemos escuchado la frase: “La Ignorancia es felicidad.” La idea se refiere a que es mejor no saber de los problemas que podrían aquejarnos. La ignorancia impediría al hombre el preocuparse por alguna condición desfavorable que le sobrevendrá. Entonces, él no tiene que esforzarse por prevenir. Por lo tanto, cuando se trata de violar la ley (ya sea la ley de Dios o la ley del hombre), la ignorancia es atractiva porque impide la consciencia de culpa y no requiere ningún acto de arrepentimiento o restitución.

Cuando se trata este tema a la luz de la palabra de Dios, la idea de que “La Ignorancia es felicidad” resulta totalmente falsa. Fijémonos en lo que dijo Dios a través del profeta Oseas: “Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento. Por cuanto desechaste el conocimiento, yo te echaré del sacerdocio; y porque olvidaste la ley de tu Dios, también yo me olvidaré de tus hijos” (Os. 4:6).

La destrucción del pueblo vino porque ellos ignoraban la ley de Dios. Si uno no conoce la ley, obviamente no puede guardarla, ni puede saber cómo no violarla. Por lo tanto, la ignorancia hace que el castigo de Dios sea inevitable. El apóstol Pablo hace una observación similar en el Nuevo Testamento: "...cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder" (2 Tes. 1:7-9).

Pablo afirma que hay dos clases de personas que enfrentarán la ira de Dios cuando Cristo venga. Un grupo está formado por aquellos que no obedecen el evangelio. Esto es comprensible, quien desobedezca será sancionado. Pero, ¿qué pasará con el otro grupo? Los que no conocen a Dios serán castigados. Con toda seguridad ellos no podrán alegar "ignorancia" en aquel gran día. Sin embargo, si alguno se atreviera a reclamar ignorancia, esto no le justificaría delante de Dios. Los que desean salvarse pueden, ahora mismo, conocer a Dios y obedecerle.

Esto parece injusto para muchas personas. ¿Por qué la gente que es ignorante de la palabra de Dios debiera ser castigada por su ignorancia? Obviamente, ésta no es la pregunta correcta. Dios no castigará a la gente por su ignorancia, sino que castigará a la gente que vive en la ignorancia. La ignorancia es el problema que impide al hombre el obedecer a Dios y evitar el pecado.

Ya hemos observado que "por cuanto todos pecaron... están destituidos de la gloria de Dios" (Rom. 3:23) y que. "la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro" (Rom. 6:23). Dios ha provisto el remedio para el pecado a través de la predicación de su palabra (1 Cor. 1:21). Si queremos ser salvos del poder del pecado, debemos obedecer el evangelio.

"Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree;

al judío primeramente, y también al griego” (Rom. 1:16).

“Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn. 6:68).

Todos los que permanezcan en el pecado serán castigados por sus pecados. Si alguno es ignorante o no, jamás podrá cambiar el resultado final. Aunque alguno tenga una forma tratable de cáncer, si no sabe que está enfermo para acceder al tratamiento con el tiempo morirá de su enfermedad.

Sustituir la ignorancia por conocimiento

Si queremos superar éste obstáculo, debemos darnos cuenta que la ignorancia es una excusa estéril (un pretexto inútil) en lugar de procurar satisfacción en la propia ignorancia, sabiendo que ésta conduce al pecado. El apóstol Pedro nos advirtió de conformarnos “a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia” (1 Ped. 1:14).

El remedio para la ignorancia es el conocimiento. No cualquier conocimiento. El conocimiento de la palabra de Dios. Como el profeta Oseas dijo: “Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento. porque olvidaste la ley de tu Dios.” (Os. 4:6).

Además, el apóstol Pablo nos enseñó como reemplazar nuestra ignorancia por el conocimiento de la palabra de Dios: “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad” (2 Tim. 2:15). Algunas traducciones de éste pasaje, usan la palabra “estudio,” otras no. Independientemente de eso, el estudio de la palabra de Dios se sobreentiende en éste versículo. Debemos ser diligentes en nuestros esfuerzos por manejar con precisión la palabra de Dios. Esto se logra mediante el estudio persistente.

“Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor” (Ef. 5:17)

Aunque mucha gente dirá que no podemos entender la Biblia, Pablo dijo que sí podemos entenderla (Ef. 3:4) y Dios nos manda que entendamos (Ef. 5:17). La ignorancia es una amenaza para nuestras almas. Nunca debemos estar resignados con ignorar lo que Dios espera de nosotros.

El pecado nos lleva a la perdición eterna. Dios nos ha revelado el remedio a través de su palabra. Si queremos vencer el poder del pecado y dejarlo atrás, debemos sustituir nuestra ignorancia con el conocimiento de la palabra de Dios.

Resumen

La ignorancia lleva al pecado. Usted debe reconocer que las transgresiones se castigan, con o sin el conocimiento de la ley. Por lo tanto, reemplazar la ignorancia con el conocimiento de la palabra de Dios es un asunto crucial.

Fraude

Una efectiva artimaña demoníaca es el fraude. Jesús describió a Satanás como “padre de mentira” (Jn. 8:44). Satanás por primera vez usó el engaño cuando introdujo el pecado en el principio. Esta amenaza continúa hasta hoy.

“Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo” (2 Cor. 11:3)

Los cristianos no son inmunes a las tácticas fraudulentas de Satanás. Pablo temía la posibilidad de que los hermanos de Corinto apostatarán, siendo engañados como Eva lo fue. No debemos desestimar el engaño de Satanás. Después de todo, él es quien “engaña al mundo entero” (Apoc. 12:9).

Una de las cosas que hace al Diablo tan engañoso, es que tiene a varios otros que le están ayudando en su trabajo fraudulento.

“Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras” (2 Cor. 11:13-15)

¿Quiénes son estos ministros de Satanás? Son aquellos de quienes no podríamos sospechar. Pablo dijo que “se disfrazan como ministros de justicia.” Entonces, considere a los predicadores, los ancianos, los maestros de clase bíblica en la iglesia, ¿son ministros de justicia o se disfrazan como tales? ¿Cómo podríamos saberlo?

“Mas os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos. Porque tales personas no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres, y con suaves palabras y lisonjas engañan los corazones de los ingenuos” (Rom. 16:17-18)

El único método para reconocer a un ministro de Satanás es examinando su mensaje. A la vez, una manera de parecer una maravillosa persona es manifestar el interés de servir y ayudar a otros. Entonces nos quedamos con las preguntas: ¿Está su mensaje en armonía con el evangelio? ¿Está desviando a la gente de Dios?

El error es una espiral descendente. Los ministros de Satanás llevan a la gente hacia el pecado, y muchos siguen el ejemplo de su apostasía. Cuando todo esto sucede, los problemas no harán más que empeorar. Como dijo Pablo: “mas los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados” (2 Tim. 3:13).

El pecado, por su propia naturaleza, es engañoso. Los cristianos podemos endurecernos “por el engaño del pecado” (Heb. 3:13). A menudo podríamos engañarnos pensando que el pecado en realidad no es tan malo. Por lo tanto, tenemos que estudiar y comprender las mentiras que se han difundido acerca del pecado, para no quedarnos cómodos permaneciendo en él.

Las mentiras de Satanás

El pecado no es pecado. Muchos audazmente niegan que determinada acción sea pecaminosa, aunque esté claramente condenada en la Biblia. La homosexualidad es condenada (Rom. 1:26-27; 1 Cor. 6:9-10), sin embargo mucha gente insiste en que no es pecado, sino más bien un estilo de vida alternativo. Pedro nos dice que es necesario abstenerse incluso del uso casual del alcohol (1 Ped. 4:3), sin embargo muchos otros dirán que la bebida social es perfectamente

aceptable, con tal de no quedar totalmente borrachos. Esta lista podría seguir. Lo que la Biblia define como pecado, el mundo lo etiqueta como aceptable, normal e incluso como algo loable.

El pecado no es un problema. Algunos reconocen que ciertas acciones son pecado, sin embargo declaran que no es algo por lo cual preocuparse. Ellos dicen que Dios nos ama y nos salvará por su gracia, no importando lo que hagamos. Las Escrituras, sin embargo, nos enseñan que la gracia de Dios no da licencia para pecar (Rom. 6:1-2; Jud. 4). En lugar de pecar, debemos renunciar al pecado (Rom. 6:11-12). Si no somos capaces de hacer esto, a pesar de ser “cristianos,” recibiremos el castigo de Dios en el día final (Heb. 10:26,29).

El tiempo ha cambiado el estándar de Dios. Son varias las cosas en la actualidad que son de general aceptación, a pesar de que antes no lo eran (divorcio por cualquier causa, homosexualidad, aborto). ¿Esto significa que los valores y enseñanzas de la Biblia son irrelevantes para nuestra sociedad moderna? Algunos afirman que así es el caso. Pero la realidad es que nuestra generación no es diferente a las generaciones anteriores cuando se trata de la palabra de Dios. El estándar de Dios no ha cambiado (1 Ped. 1:25; Jud. 3). Por lo tanto, debemos aferrarnos a esto (2 Tim. 1:13), a pesar de que el mundo nos rodea en un espiral que cambia rápidamente.

La cultura ha cambiado el estándar de Dios. Así como el estándar de Dios es invariable en el tiempo, también es invariable a pesar de la cultura. Es contrario al carácter de Dios el tratar a un grupo de gente de manera diferente de otro (Hech. 10:34-35). Por lo tanto, todos daremos cuenta de nuestra actitud hacia el estándar de Dios, su palabra (Jn. 12:48), independientemente de la cultura en la que hemos vivido.

Las diversas situaciones cambian el estándar de Dios. Mentir es malo (a menos que lo haga para no ofender a alguien) . Robar es malo (a menos que lo haga para alimentar a su familia) . Fornicar es malo (a menos que exista amor y la intención de matrimonio). Estas

son las mentiras que nos quiere inculcar la sociedad. En ningún lugar de la palabra de Dios existe el concepto de que cierta acción pecaminosa es buena en determinadas circunstancias. Todo lo contrario, de hecho.

Recuerde como Uza violó la orden de no tocar el arca (Num. 4:15). Cuando él transgredió aquel mandamiento, el arca estaba en peligro de caer y dañarse severamente o ser destruida con el impacto. Seguramente, alguien dirá que en semejante situación sería aceptable, e incluso necesario, el tocar el arca para estabilizarla, ¿verdad? Tal cosa era mala. Dios hirió de muerte a Uza a causa de su pecado (2 Sam. 6:6-7). No podemos justificar el pecado basados en las situaciones. Lo malo siempre es malo.

No os engañéis

La mentira acerca de la naturaleza del pecado es algo muy común. El mundo trata de convencernos de que el pecado no es algo malo y que podemos participar en él sin sufrir consecuencias. Sin embargo, como hemos visto, las Escrituras enseñan todo lo contrario. Por lo tanto, ¿cómo podemos evitar ser engañados? Debemos en alerta.

“Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia” (Rom. 6:17-18).

Antes vimos que Pablo advirtió acerca de los falsos maestros que engañan a los demás. Luego, y a base del pasaje citado arriba, ¿quién es el que está en peligro de ser engañado? ¡Aquel que está confiado! Por lo tanto, debemos estar alerta. No debemos permitirnos el caer en el sueño y bajar así la guardia.

“...para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estrata-

gema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo” (Ef. 4:14-15).

Si hemos de evitar el ser “llevados por doquiera de todo viento de doctrina,” siendo engañados por falsas palabras, tenemos que conocer la verdad y crecer en ella. Este contexto habla de cómo Dios designó a la iglesia para que logremos este crecimiento (Ef. 4:11-13). Si conocemos la verdad, podremos evitar ser engañados.

Como señalamos anteriormente, el pecado es engañoso. Una manera de evitar el ser endurecido por el engaño del pecado es acercarnos más al estímulo de nuestros hermanos. Debemos trabajar para animarnos unos a otros para recibir el aliento para evitar y vencer el poder del pecado. Estamos juntos en esto. Debemos estar listos para ayudarnos mutuamente.

Resumen

Cuando usted permite ser engañado, usted abrió la puerta al pecado. Por lo tanto, nunca baje la guardia. Reconozca las mentiras que se predicán a favor del pecado, para que no caiga en la trampa. Para evitar el ser engañado, usted debe desarrollar un mayor conocimiento y habilidad para trazar bien la palabra de Dios.

Rebelión

El rebelde es una persona que actúa en contra de la autoridad. Sin embargo, no es rebeldía el desobedecer a los que están en eminencia cuando nos mandan rebelarnos contra Dios (Hech. 5:29). En realidad, los que rehúsan someterse a tales autoridades corruptas no son rebeldes, pues se están sometiendo a la máxima autoridad, Dios. Por otro lado, hay quienes simplemente rehúsan someterse a toda forma de autoridad: Padres, profesores, jefes, policías, Gobierno, etc., incluso Dios. Ellos quieren hacer todo lo que quieran, cuando quieran y como quieran, sin la restricción de la autoridad.

El pecado siempre ocurre cuando fallamos en someternos a Dios. Por lo tanto, todo pecado involucra un malentendido y/o desprecio de la autoridad del Señor. Si queremos vencer el poder del pecado, debemos obedecer a Dios, porque el pecado es una transgresión de su ley.

“Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Stgo. 4:7)

Para resistir al Diablo debemos someternos a Dios. La Biblia es clara al especificarnos las dos opciones que tenemos: Seguimos a Dios o seguimos a Satanás. Si tenemos alguna tercera opción que no clasifica en “seguir a Dios,” entonces tal opción cae en la segunda categoría. Satanás no tiene que lograr que la gente, de manera activa y consciente, lo adore y lo siga. Todo lo que tiene que lograr es motivar la rebelión contra Dios.

Poco antes de ascender a los cielos Jesús habló a sus apóstoles de su autoridad: “Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os

he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén” (Mat. 28:18-20).

Los últimos versículos describen la comisión que Cristo entregó a sus apóstoles: Hacer discípulos y enseñarles todo lo que Cristo mandó. Debido a que Jesús posee “toda potestad,” él tiene el legítimo derecho de dar órdenes y esperar nuestra obediencia. El deber de los apóstoles es el de difundir el evangelio para que otros aprendan la autoridad de Cristo y lo que se espera de ellos como discípulos de él.

“destruyendo especulaciones y todo razonamiento altivo que se levanta contra el conocimiento de Dios, y poniendo todo pensamiento en cautiverio a la obediencia de Cristo” (2 Cor. 10:5, LBLA)

La predicación del evangelio, que incluye hacer una clara distinción entre el mensaje de Cristo y cualquier otro, se realiza para que los hombres obedezcan al Señor. El evangelio está diseñado para dejar a “todo pensamiento en cautiverio a la obediencia de Cristo.”

“Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Col. 3:17)

Todo lo que decimos y hacemos debe ser autorizado por Cristo. Los que afirman que Dios no se preocupa de lo que decimos y hacemos, no han entendido las Escrituras. Dios exige y espera nuestra obediencia. Cristo tiene toda autoridad, y su autoridad está investida en su palabra (Jn. 12:48), debemos tener su permiso para todo lo que decimos y hacemos. Si no nos sometemos a Cristo de ésta manera, Jesús enseña claramente que en última instancia seremos condenados.

“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nom-

bre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mat. 7:21-23).

Téngase en cuenta que las personas antes descritas reclamaron haber hecho todas las cosas en nombre de Cristo. Sin embargo, pretender hacer algo en nombre de Cristo no es lo mismo que hacerlo realmente en su nombre (bajo su autoridad). No importa si somos “religiosos” o si estamos haciendo todas las cosas que el mundo considera “buenas obras.” Si no estamos haciendo la voluntad del Padre celestial, estamos en constante rebelión (aquello para lo cual no tenemos permiso).

La sumisión a Dios es para nuestro bien

Pero, ¿por qué hemos de someternos a Dios? Satanás y sus ministros tratarán de convencernos de que someternos a Dios es algo irrazonable e innecesario. Ellos nos propondrán otro camino. Sin embargo, la Biblia nos explica las razones por las cuales debemos someternos a Dios:

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Is. 55:8-9).

“Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres” (1 Cor. 1:25).

A menudo nos aferramos, con arrogancia y obstinación, a nuestros propios conceptos y prejuicios, pensando que nuestro camino es el mejor. En realidad, el buen camino, el correcto, es el camino que Dios nos ha mostrado. Los pensamientos de Dios son infinitamente

superiores a los nuestros. Si imagináramos una necesidad en el método de Dios, siempre sería un método más sabio que el propuesto por nuestra sabiduría. Obviamente tal cosa no sucede. Dios es infinitamente sabio. Por lo tanto, nos sometemos a Dios porque su camino es el mejor.

“Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo” (1 Ped. 5:6).

“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero. En lo cual vosotros alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas” (1 Ped. 1:3-6).

Dios recompensa nuestro fiel servicio. Pedro dijo que Dios nos exaltará a su debido tiempo. Si tomamos en cuenta lo que Dios nos ofrece, veremos que es absurdo rebelarnos contra él para hacer nuestra propia voluntad.

Satanás se esfuerza por convencernos de rechazar el yugo de Cristo (Mat. 11:29). Él apela a nuestro espíritu independiente y rebelde, para convencernos de que el camino que Cristo nos ofrece es demasiado restrictivo y sin la libertad suficiente. Después de todo, debemos ser “libres para vivir como mejor nos plazca, ¿verdad?” Bueno, sin duda somos “libres” para vivir como nos plazca. Pero, esto no significa que viviremos sin un líder. Si no queremos ser esclavos de Cristo (Gal. 2:20; 5:14) y por lo tanto rehusamos someternos a él, entonces seremos esclavos del pecado.

“Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia” (Rom. 6:20).

Cuando procuramos librarnos de la práctica de la justicia en el servicio de Cristo, nos encadenamos por voluntad propia al poder del pecado. ¿Por qué desechar a Cristo para someternos al pecado?

A través del servicio fiel a Cristo, obtenemos de él la verdadera libertad (2 Cor. 3:17). En cambio, el camino del pecado es uno de esclavitud que nos lleva a la muerte eterna (Rom. 6:12-13, 23).

Resumen

El pecado es una rebelión contra Dios y sus caminos. Por lo tanto, si esperamos eliminar el pecado de nuestras vidas, recordemos los beneficios que nos provee el servicio a Dios: La seguridad que su camino es el correcto y que él nos recompensará al final. Asimismo, debemos recordar las consecuencias de rebelarnos contra Dios: La esclavitud al pecado y, en última instancia, la muerte eterna.

Soberbia

La Biblia claramente califica la soberbia como un pecado. Santiago nos dice que “Dios resiste a los soberbios” (Stgo. 4:6). La sabiduría revelada en el libro de Proverbios enumera la altivez de espíritu como una de las cosas que el Señor aborrece (Prov. 6:16-17).

La soberbia se menciona a menudo entre los catálogos bíblicos de pecado (Ej. Rom. 1:30), y era uno de los pecados que el apóstol Pablo temía encontrar entre los santos de Corinto (2 Cor. 12:20) el cual es común entre los falsos maestros (2 Tim. 3:2). La razón por la cual la soberbia es fácilmente encontrada en los catálogos bíblicos de pecado, se debe a que es generalmente una fuente de otros varios pecados. Por lo tanto, podemos pensar en ella como una gran “puerta de entrada.” He ahí la razón por la cual la soberbia es el génesis de la caída.

“Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu” (Prov. 16:18).

Desafortunadamente, la advertencia bíblica es a menudo ignorada. La soberbia es un pecado que lleva a más y más pecados, y en última instancia, a la destrucción. Sin embargo, si seguimos teniendo un concepto más alto de nosotros mismos estaremos en serio peligro.

“Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno” (Rom. 12:3).

“Unánimes entre vosotros; no altivos, sino asociándoos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión” (Rom. 12:16).

La visión que tenemos de nosotros mismos tiene que estar de acuerdo con el estándar de Dios. Por lo tanto, el buen juicio de uno mismo es provisto por la palabra de Dios, no por la conciencia. En lugar de ser sabios a nuestro parecer, debemos pensar conforme al estándar de la sabiduría de Dios. Cuando dejando la cordura, y nos elevamos más allá de lo que Dios ha dicho, nuestra actitud arrogante buscará un sustituto para la norma de Dios.

Un alto concepto de sí

La soberbia es aquella altivez que nos hace pensar que no podemos caer. En éste estudio hemos estado enfocándonos en “cómo vencer el poder del pecado,” siempre entendiendo de que podemos elegir hacerlo. Entonces, si tenemos éxito en vencer el pecado ¿debemos ser tan confiados para bajar la guardia? ¿Debemos presumir de que hemos vencido el pecado al punto de jamás será posible volver a caer en él? ¡Por supuesto que no! Si hemos vencido el pecado, siempre podría existir la posibilidad caer nuevamente ante él.

“Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga”
(1 Cor. 10:12)

Incluso, si arrepentidos salimos del poder del pecado muriendo a la práctica del pecado, debemos ser diligentes para mantenerlo fuera de nuestras vidas. Si empezamos pensando en nuestros logros – y el arrepentimiento es un logro, aunque muchas personas fracasan en hacerlo – corremos el riesgo de ignorar la amenaza y la tentación del pecado. Recordemos el ejemplo de Pedro.

“Respondiendo Pedro, le dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré. Jesús le dijo: De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Pedro le dijo: Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo” (Mat. 26:33-35).

Pedro estaba muy seguro, absolutamente convencido, y totalmente confiado en sí mismo. Dijo que nunca caería. “¿Caer yo? ¡Por favor!” Lamentablemente lo hizo. Esa misma noche, después de que Jesús fue arrestado, Pedro negó al Señor tres veces (Mat. 26:34, 69-75). Él estaba absolutamente seguro de sí mismo en el momento en que audazmente afirmó “Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré.” Pero la situación se escapó de sus manos y cedió a la tentación. La arrogante confianza, y el soberbio compromiso, no sustituyen la fe. Debemos recordar el ejemplo de Pedro y ser diligentes para mantener fuera el pecado de nuestras vidas.

La soberbia nos seduce a creer que tenemos el legítimo derecho a determinadas cosas. Nuestra sociedad amante del dinero ha desarrollado una forma de pensar que está llevando a varios países a la ruina financiera. Si Satanás puede convencernos de que tenemos el legítimo derecho a determinadas cosas, cuando no es así, caeremos en diversas tentaciones. Por ejemplo, la tentación de no trabajar duro porque otra persona suplirá nuestras necesidades, resentirnos frente a otros que no trabajan para satisfacer lo que creemos que nos deben, vivir para adquirir lo que pensamos que merecemos.

Esta actitud arrogante está muy lejos del patrón bíblico para nosotros. Recordemos las actitudes humildes de David y el publicano de quien Jesús habló.

“Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?” (Sal. 8:3-4)

“Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (Luc. 18:13-14)

En lugar de la arrogancia, debemos tener la humildad de estos hombres, reconociendo que somos indignos del favor y bendiciones de Dios.

La soberbia nos seduce a pensar que “las reglas de Dios” no se aplican a nosotros. Por ejemplo, cuando Pablo escribió a los santos en Roma, dedicó la segunda mitad del primer capítulo a señalar a los gentiles por sus pecados. Por su parte, los judíos, que generalmente despreciaban a los gentiles, habrían reconocido fácilmente el juicio de Pablo y estarían totalmente de acuerdo con su evaluación. Por desgracia, a la vez que los judíos reconocían el estado espiritual de los gentiles, estaban ciegos a su propia condición sin Cristo.

“Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo” (Rom. 2:1).

“Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras? Tú que abominas de los ídolos, ¿comeses sacrilegio? Tú que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonoras a Dios?” (Rom. 2:21-23).

La norma de Dios que había sido violada por los gentiles, se aplicaba en igual medida a los judíos transgresores. A pesar de que los judíos veían los pecados de otros, no pudieron ver su propio estado espiritual que era condenado por la ley de Dios. La actitud de los judíos, daba a conocer que de alguna manera creían estar por encima de la ley de Dios.

Uzías, uno de los reyes de Judá, ilustra la mentalidad soberbia de aquel que se convence de estar por encima de la ley de Dios. Después de disfrutar de un período de gran éxito y prosperidad, Uzías se volvió arrogante y pecó contra Dios.

“Mas cuando ya era fuerte, su corazón se enaltecíó para su ruina; porque se rebeló contra Jehová su Dios, entrando en el templo de Jehová para quemar incienso en el altar del incienso.”

“Y entró tras él el sacerdote Azarías, y con él ochenta sacerdotes de Jehová, varones valientes. Y se pusieron contra el rey Uzías, y le dijeron: No te corresponde a ti, oh Uzías, el quemar incienso a Jehová, sino a los sacerdotes hijos de Aarón, que son consagrados para quemarlo. Sal del santuario, porque has prevaricado, y no te será para gloria delante de Jehová Dios.”

“Entonces Uzías, teniendo en la mano un incensario para ofrecer incienso, se llenó de ira; y en su ira contra los sacerdotes, la lepra le brotó en la frente, delante de los sacerdotes en la casa de Jehová, junto al altar del incienso. Y le miró el sumo sacerdote Azarías, y todos los sacerdotes, y he aquí la lepra estaba en su frente; y le hicieron salir apresuradamente de aquel lugar; y él también se dio prisa a salir, porque Jehová lo había herido” (2 Cron. 26:16- 20).

La Ley de Moisés claramente especificó que la obra sacerdotal, incluyendo la quema del incienso, estaba reservado para los de la tribu de Leví (Num. 3:9-10; 16:39-40). Esta regla no debía ser alterada, ni siquiera por Jesús cuando Él se encarnó (Heb. 7:11-14). Sin embargo, en su soberbia, Uzías se juzgó como superior a la ley de Dios. En su arrogancia ya no veía la regla que se aplicaba también a él, y por lo tanto pecó.

Aprender la humildad

Lo contrario de la soberbia es la humildad. Es la cualidad que Dios requiere de todos nosotros. Si somos humildes Dios nos aceptará.

“Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (Stgo. 4:6).

Nuestro Señor Jesús enseñó la importancia de la humildad, en el Sermón del monte, con las siguientes palabras: “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mat. 5:3). Bien sabemos que debemos ser humildes, pero ¿cómo podemos aprender la humildad?

En primer lugar, debemos recordar lo que somos. Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios (Gen. 1:27). Sin embargo, físicamente hablando, somos polvo y al polvo volveremos (Gen. 3:19). Nuestra vida terrenal “es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece” (Stgo. 4:14). Pablo dijo a los corintios: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Cor. 6:19-20). Dios nos ha creado y nos ha redimido. Por lo tanto, debemos utilizar el tiempo limitado que tenemos para servirle.

En segundo lugar, tenemos que reconocer “que Jehová es Dios” y que “Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos” (Sal. 100:3). Pero, a la vez que comprendemos que él es nuestro creador, también debemos reconocer que él será nuestro juez (2 Cor. 5:10). Por lo tanto, él merece nuestro mayor respeto y consideración. Como el escritor a los Hebreos dijo: “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Heb. 10:31).

En tercer lugar, tenemos que recordar nuestro verdadero lugar. Pablo defendió su apostolado, y a la vez dijo “nada soy” (2 Cor. 12:11). No importa quiénes creemos ser, somos uno de los muchos miembros útiles del cuerpo de Cristo (1 Cor. 12:12-14). Como dijo Pedro, “...revestios de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (1 Ped. 5:5).

Resumen

La soberbia es una “puerta de entrada” pecaminosa, que se abre para más y más transgresiones. Para superar esto, usted debe aprender la humildad. No tenga un concepto de sí más alto que el que debe tener. Reconozca el peligro de caer de la gracia y evite diligentemente la tentación.

La Presión de la Mayoría

La presión de la mayoría es una influencia muy fuerte hacia el pecado. A los niños en edad escolar se les enseña a superar la presión del grupo, a evitar las malas juntas, y a no seguir a la mayoría que hace lo malo. No obstante, y a pesar de las advertencias continuas, muchos niños ignoran las advertencias para agradar a los otros y no quedar fuera del grupo. La palabra de Dios advierte de este mismo punto en el libro de Proverbios.

“Hijo mío, si los pecadores te quisieren engañar, no consientas” (Prov. 1:10)

“El que anda con sabios, sabio será; mas el que se junta con necios será quebrantado” (Prov. 13:20).

Aunque estas advertencias son buenas y necesarias para nuestros hijos, no debemos limitarlas solamente para ellos. Todas las personas, independientemente de su edad, pueden ser tentadas de una manera similar (cf. “No seguirás a los muchos para hacer mal...,” Ex. 23:2). El apóstol Pablo advirtió a los hermanos en Corinto acerca de esto.

“No se dejen engañar: las malas compañías corrompen las buenas costumbres” (1 Cor. 15:33, RVC).

Pablo no da esta instrucción a un solo grupo de cristianos. La doctrina de Cristo se predicaba en todas partes de igual manera (cf. 1 Cor. 4:17). Cada uno de nosotros necesita protegerse de las tentaciones que vienen por la presión social. Se trata de un problema grave. Nos encontramos con un par de ejemplos en el Nuevo Testamento que muestran la poderosa influencia de la presión de la mayoría.

“Y habiendo ellos encendido fuego en medio del patio, se sentaron alrededor; y Pedro se sentó también

entre ellos. Pero una criada, al verle sentado al fuego, se fijó en él, y dijo: También éste estaba con él. Pero él lo negó, diciendo: Mujer, no lo conozco. Un poco después, viéndole otro, dijo: Tú también eres de ellos. Y Pedro dijo: Hombre, no lo soy”

“Como una hora después, otro afirmaba, diciendo: Verdaderamente también éste estaba con él, porque es galileo. Y Pedro dijo: Hombre, no sé lo que dices. Y en seguida, mientras él todavía hablaba, el gallo cantó”

“Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente” (Luc. 22:55-62).

Pedro audazmente había dicho a Jesús: “Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte” (Luc. 22:33). Esto sucedió sólo un poco de tiempo antes de que él negara a Cristo tres veces. Entonces, ¿qué le sucedió a Pedro para que haya cambiado con tanta rapidez? Él estaba en medio de un grupo diferente. Mientras que con Jesús y sus discípulos Pedro se mostró confiado y dispuesto a sufrir por Cristo, cuando se vio rodeado por aquellos que no eran de su persuasión (entre un grupo que no reclamó lealtad a Cristo) él negó al Señor.

No hay ninguna razón para dudar de la sinceridad de la afirmación anterior de Pedro, cuando reclamó el estar dispuesto a ser fiel a Cristo hasta las últimas consecuencias. Pero, una multitud hostil a la verdad y a la justicia, siempre será una influencia poderosa que presionará en favor del pecado. Al igual que a Pedro, la mayoría también nos presiona en la actualidad.

“Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que

viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos” (Gal. 2:11-13)

Por desgracia, no es sólo un grupo de gente mundana la que nos puede presionar al pecado. A veces nuestros propios hermanos pueden influir en nosotros al pecado. Incluso Bernabé, un fiel y fuerte cristiano, fue conducido al pecado por un grupo de errados hermanos. Siempre debemos estar en guardia. No porque alguien sea un fiel cristiano, será inmune de caer en el pecado. Si bajamos la guardia, fácilmente podemos ser influenciados para el mal.

Independientemente de la fuente de presión al pecado, ya sea la gente en el mundo o nuestros equivocados hermanos en Cristo, debemos cuidarnos de no caer en la trampa de la presión de la mayoría.

Tenemos que estar dispuestos a renunciar a las asociaciones que impiden nuestro caminar con Jesucristo, quien dijo:

“No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí” (Mat. 10:34-37).

Jesús no está diciendo que dividirá a todas las familias del mundo. Él está exigiendo lealtad total, incluso si eso significa elegir entre él y nuestros propios familiares. Si alguna vez hay un conflicto, y la

decisión que debe tomarse está entre complacer a nuestra familia y agradar a nuestro Señor, debemos elegir el agradar a Cristo en todo.

El apóstol Pablo expresó por escrito la misma actitud hacia los hermanos de Galacia:

“Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo” (Gal. 1:10).

¿A quién vamos a complacer? Si estamos tratando de agradar a los hombres, entonces no podremos ser siervos de Cristo. Tenemos que tomar una decisión. Al seguir a la mayoría sucumbiremos a la presión del grupo, y seremos incapaces de servir al Señor como él lo exige.

Tenemos que abandonar el deseo de popularidad y aceptación, no importa lo viejos o jóvenes que seamos. El camino de Cristo no es un camino popular. Esta lección es repetida en varias ocasiones en el Nuevo Testamento. Por ejemplo:

“Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mat. 7:13-14).

“Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo” (Mat. 10:22).

“Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (Jn. 15:18-19).

“Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles, andando en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, disipación y abominables idolatrías. A éstos les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución, y os ultrajan” (1 Ped. 4:3-4).

Note lo que Pedro dice. Si usted es un cristiano y vive como se debe (como vive un cristiano), la gente se dará cuenta de que usted es diferente. Algunos tienen el concepto de que los cristianos no son esencialmente diferentes de todo el mundo excepto por el hecho de que hemos sido justificados. Esto es falso. Los cristianos son diferentes en todo. Actuamos, hablamos y pensamos de forma diferente al mundo. Esto se espera de nosotros si hemos seguido a Cristo.

Atrévase a estar firme como lo hizo Josué

Después que Josué dirigió a los israelitas a la tierra de Canaán, derrotó a sus enemigos y repartió la tierra, se dirigió a ellos por última vez. Ellos se encontraban en una encrucijada. Dios les había entregado la tierra. Pero los que los habían guiado pronto partirían. Así, pues, Josué les animó solemnemente a tomar una decisión.

“Ahora, pues, temed a Jehová, y servidle con integridad y en verdad; y quitad de entre vosotros los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres al otro lado del río, y en Egipto; y servid a Jehová. Y si mal os parece servir a Jehová, escoged hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová” (Jos. 24:14-15)

Josué siempre quería que todos los israelitas tomaran una decisión correcta. Pero independientemente de la decisión que ellos tomaran, él estaba firmemente resuelto a seguir adelante y hacia arriba. Josué y su familia servirían al Señor, aunque cualquier otra familia

decidiera servir a dioses extranjeros. Él no sería presionado ni por la mayoría, ni por la cultura, para pecar contra el Señor.

Necesitamos crear en nosotros la misma mentalidad de Josué. Es ahora que debemos tomar la decisión, para que en futuras decisiones nuestra resolución no sea afectada por terceros. No importa lo que otros hagan, nosotros haremos lo que es correcto.

Resumen

La presión de la mayoría es una influencia poderosa. Es necesario reconocer que este es un problema para todas las personas, no sólo para los jóvenes. Para superar la presión del grupo, debemos poner a Cristo como la prioridad de nuestras vidas. Por lo tanto, tome ahora la decisión de hacer lo que es correcto, sin tomar en cuenta la decisión que hagan los demás.

Impaciencia

Nuestra cultura ha promovido durante mucho tiempo el concepto de “gratificación instantánea.” No queremos esperar. Queremos que nuestros deseos sean satisfechos aquí y ahora. Tenemos tarjetas de crédito que nos permiten adquirir cosas para las cuales aún no tenemos dinero, y por lo cual tendremos un trabajo futuro que realizar. Aquí y ahora, podemos descargar libros, películas y música de Internet, así como comprar comida y pagar la gasolina.

No siempre es malo el recibir lo que deseamos al instante, pero debemos evitar acostumbrarnos a esa forma de pensar. Esperar que las cosas que queremos lleguen de inmediato, en lugar de tener que esperar pacientemente por ellas, nos conducirá al pecado.

Satanás trata de usar esta mentalidad contra nosotros. Él nos dice que no debemos esperar en Dios, sino que debemos disfrutar ahora. ¿Por qué esperar para el matrimonio cuando podemos entrar en la intimidad sexual ahora mismo? ¿Por qué esperar a que las riquezas en el cielo cuando podemos perseguir riquezas aquí usando todos los medios necesarios? Satanás quiere que renunciemos a las bendiciones de Dios, engañándonos a obtener una recompensa inferior ahora. Por desgracia, esta táctica diabólica en la mayoría de las personas que nos rodean.

Satanás trató de usar esta táctica contra Jesús cuando lo tentó en el desierto.

“Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares. Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás” (Mat. 4:8-10).

Jesús había de recibir un reino que “no será jamás destruido” y que “permanecerá para siempre” (Dan. 2:44). Suponiendo que el diablo sería capaz de cumplir su promesa, le daría a Jesús el poder sobre todos los reinos de la tierra. Sin embargo, Jesús tendría que adorar al diablo para recibirlo, con la “tentación” de no soportar la cruz. Pero, Jesús no cayó en la trampa del diablo. Aunque Satanás le hubiese entregado todos los reinos del mundo, esto sería temporal. Una corona terrenal no durará para siempre (Prov. 27:24). En cambio, al completar el plan de Dios, Jesús recibió un reino eterno.

Satanás también utilizó las mismas artimañas contra Moisés:

“Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón” (Heb. 11:24-26).

Moisés tenía que tomar una decisión. Había sólo dos opciones en la encrucijada, y ambas con una recompensa. La primera recompensa era inmediata y terrenal (los tesoros de egipcios), lo cual se obtendría desechando el plan de Dios, y a su propio pueblo, para ser fiel a Faraón. La segunda recompensa era celestial. Sin embargo, ésta recompensa no era inmediata e involucraba el maltrato y el reproche. A pesar de ello, Moisés escogió la recompensa de Dios, la cual vendría más tarde, incluso después de su muerte. Debemos tener la misma fe, sin dejarnos llevar por “los deleites temporales del pecado” (Heb. 11:25).

La paciencia es una virtud

Comprendiendo la apelación diabólica a nuestro deseo de gratificación instantánea, debemos superar esta mentalidad y evitar el pecado. Pero, ¿cómo hacer esto? A menudo escuchamos la frase: “La paciencia es una virtud,” lo cual es verdad, un principio bíblico.

Pedro menciona paciencia como una característica que añadir a nuestra fe (2 Ped. 1:6). Después de enumerar las virtudes en las cuales debemos estar trabajando, el apóstol dice: "...porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás" (2 Ped. 1:10).

La paciencia, por lo tanto, nos ayudará a evitar el pecado. Dios nos recompensará dándonos todo lo que necesitábamos, no sólo lo bueno, sino lo mejor. Tenemos que confiar en Dios y esperar su recompensa, en lugar de "tirar todo a la basura" para satisfacer nuestros deseos aquí y ahora. Recuerde el ejemplo de Job:

"Mirad que tenemos por bienaventurados a los que sufrieron. Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el resultado del proceder del Señor, que el Señor es muy compasivo, y misericordioso" (Stgo. 5:11, LBLA).

Job sufrió mucho, mucho más de lo que la mayoría de nosotros sufrimos hoy. Sin embargo, él era paciente y finalmente fue recompensado por Dios. Las Escrituras nos dicen: "Y bendijo Jehová el postrer estado de Job más que el primero." (Job 42:12).

Puede que no obtengamos una recompensa en el sentido físico como lo hizo Job. Pero siempre podemos esperanzarnos de algo mucho mejor, "una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros" (1 Ped. 1:4). Debemos confiar en Dios y en sus promesas en lugar de procurar disfrutar de los deleites pecaminosos que siempre son recompensas inferiores y temporales, no son más que "el engaño del pecado" (Heb. 3:13).

Resumen

El pecado promete una recompensa material inmediata. Esto es atractivo para un mundo que ha sido condicionado a esperar una gratificación instantánea. Si vamos a vencer el pecado, debemos ser "imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas" (Heb. 6:12). Los "atajos" de Satanás, en el mejor de los casos, proporcionarán una recompensa inferior y temporal.

~ 10 ~

Materialismo

Vivimos en una sociedad materialista, y este hecho es tan evidente que los ejemplos e ilustraciones son innecesarios. Como cristianos, debemos velar para no seguir el ejemplo del mundo materialista. El apóstol Pablo nos da una advertencia aleccionadora acerca del materialismo:

“Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores” (1 Tim. 6:8-10).

Es importante dejar bien claro que Pablo no dice que el dinero es la raíz de todos los males. En realidad, él dice que el amor al dinero es la raíz de todos los males. Por lo tanto, esta advertencia no es exclusivamente para los ricos. Los pobres a menudo son culpables de amar el dinero también. El texto dice: “Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo...” No importa lo que somos en la sociedad (ricos o pobres) debemos protegernos de esta forma de pensar materialista.

El materialismo es un problema grave, según Pablo equivale a idolatría:

“Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría” (Col. 3:5).

Como pueblo de Dios, debemos centrarnos en servir a Dios. La idolatría también fue condenada en el Antiguo Testamento porque

Dios es un “celoso” (Ex. 20:5). El problema con el servicio a un ídolo es que divide nuestra lealtad (que debe pertenecer totalmente a Dios), y se crea en el corazón una división entre el ídolo y Dios. Jesús ha dicho claramente: “No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mat. 6:24). Tenemos que escoger. Si queremos servir al dios de la riqueza, no podremos agradar al Dios de la Biblia.

Dinero = Tiempo

Todos hemos oído la frase “el tiempo es oro.” Lo cual, a menudo se cita para expresar la necesidad de aprovechar al máximo el tiempo y no malgastarlo en vanidades. Las Escrituras nos enseñan que debemos sacar el máximo provecho de nuestro tiempo (Ef. 5:16). Pero, desde una perspectiva bíblica, hacer esto no siempre significa obtener una rentabilidad económica o ganancia monetaria. Sin embargo, esta es la mentalidad que muchas personas tienen. Ellos creen, que si no estamos haciendo algo que se traducirá en una acumulación de riqueza, sólo estamos perdiendo el tiempo.

Si pensamos que la búsqueda de la riqueza es el único uso valioso de nuestro tiempo, nuestro servicio a Dios se verá afectado. Si alguno es materialista, y luego procura servir a Dios, en su mente estará haciendo algo poco rentable con su tiempo. En su mente, no hay ganancia material en el servicio a Dios, y por lo tanto se descuidará acumulando tesoros en la tierra (Mat. 6:19-21).

Jesús contó una parábola acerca de un rey que celebró un banquete de bodas para su hijo. El rey envió a los siervos a llamar a todos los convidados, pero éstos no quisieron asistir porque tenían otras cosas más importantes que hacer. Hay una lección importante para nuestro estudio aquí.

“Mas ellos, sin hacer caso, se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios” (Mat. 22:5).

A leer la parábola nos damos cuenta de las cosas que los convidados prefirieron hacer en lugar de asistir a la fiesta de bodas. No ob-

stante, fijémonos que las actividades mencionadas no eran cuestiones frívolas, eran actividades necesarias para la subsistencia . Sin embargo, el problema de ellos fue el pensar sólo en términos físicos y menospreciar la invitación del rey.

La piedad del evangelio es el mejor negocio que el hombre puede hacer. Como dijo Pablo, "...gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento" (1 Tim. 6:6). Lamentablemente, el beneficio de la piedad no es el tipo de "ganancia" que nuestra sociedad materialista busca. Sin embargo, la piedad siempre será la ganancia que necesita obtener el hombre:

"porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera" (1 Tim. 4:8).

Tenemos que hacer una elección entre las cosas materiales que este mundo ofrece y las cosas que Dios nos puede dar. Siempre tendremos que trabajar para "ganarnos la vida" y proveer para nuestra familia, pero no debemos perder de vista lo más valioso.

"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón" (Mat. 6:19- 21).

La mentalidad materialista nos aleja de Dios. Es la "raíz de todos los males" (1 Tim. 6:10). Como dijo Jesús (en su explicación de la parábola del sembrador), la actitud de los materialistas impide que la palabra de Dios opere en sus corazones, pues "son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto" (Luc. 8:14).

¿Cómo podemos combatir el materialismo?

Si vamos a vencer las tentaciones y las trampas que vienen como resultado de nuestro amor por el dinero, tenemos que vencer el materialismo en nuestra vida. Hay cuatro cosas que podemos hacer para ganar esta pelea.

En primer lugar, debemos recordar quién es la fuente de todas nuestras bendiciones. Todo lo bueno que tenemos proviene de Dios (Stgo. 1:17). Tenemos que utilizar nuestras bendiciones conforme a su voluntad, no en contra de su voluntad.

En segundo lugar, debemos pensar con cordura, sin altivez. No debemos poner “la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos” (1 Tim. 6:17). Nuestras posesiones materiales son inciertas. Dios no lo es. Por lo tanto, hemos de poner nuestra esperanza en Dios.

En tercer lugar, debemos reconocer la naturaleza temporal de este mundo. Juan escribió: “Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Jn. 2:17). Todas las riquezas que podamos obtener en la vida, son temporales. Nuestro tiempo aquí es corto. Nuestra vida “es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece” (Stgo. 4:14). Cuando partimos de ésta vida, sea cual fuere la riqueza que hayamos acumulado, se quedará aquí. Como dijo Pablo: “porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar” (1 Tim. 6:7).

Y en cuarto lugar, debemos trabajar por acumular tesoros en los cielos (Mat. 6:19- 21), recordando que el propósito de la vida es espiritual (Jn. 6:27). No debemos perder nuestra alma por las riquezas de este mundo. Jesús preguntó: “¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Mat. 16:26). Una vez que nuestra vida se ha acabado, nuestras riquezas materiales serán inútiles. Si rendimos ser-

vicio a las cosas materiales de esta vida, seremos como el rico necio que descuidó el destino eterno de su alma (Luc. 12:16-21).

Resumen

Si seguimos pensando conforme a nuestra cultura materialista, nunca venceremos el pecado. El materialismo es idolatría. En vez de ello, hemos de reconocer a Dios como la fuente de todas nuestras bendiciones y poner nuestra confianza en él. Recuerde que el uso correcto del tiempo no depende de la rentabilidad económica que se obtenga. Este mundo es temporal. Por lo tanto, haga del cielo su meta y trabaje para acumular su tesoro ahí.

Curiosidad

Mientras el apóstol Pablo estaba en Atenas esperando que Silas y Timoteo se reunieran con él, habló con la gente de la ciudad, tanto en la sinagoga como en la plaza, acerca de Jesús y la resurrección. Algunos de los filósofos con los que habló lo llevaron al Areópago (la colina de Marte) para saber más sobre esta nueva enseñanza. Lucas nos explica por qué hicieron esto:

“(Porque todos los atenienses y los extranjeros residentes allí, en ninguna otra cosa se interesaban sino en decir o en oír algo nuevo.)” (Hech. 17:21)

Es muy probable que usted sea como la gente de Atenas. Ellos querían aprender más acerca de lo que Pablo estaba enseñando, de manera similar a como podríamos nosotros reaccionar con aquello que despierta nuestra curiosidad. El punto es que los seres humanos deseamos llenar el vacío de información por naturaleza. Hay una razón para esto, Dios nos creó así. Pablo explica esto en su sermón en el Areópago:

“El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas. Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros” (Hech. 17:24-27)

En este sermón Pablo enseñó que Dios es nuestro creador, nuestro sustentador, nuestro salvador y nuestro juez. Dios nos creó con grandes facultades, entre varias otras, con el anhelo de saber. ¿Para qué puso Dios en nosotros tal capacidad de comprensión? “para que busquen a Dios,” dijo Pablo. Dios nos ha diseñado para que nos asalten algunas preguntas cruciales: ¿De dónde vengo? ¿Por qué estoy aquí? ¿A dónde voy? La búsqueda adecuada de una respuesta a estas preguntas necesariamente nos llevará a Dios.

Sin embargo, el “anhelo de saber” sin control y mal dirigido nos meterá en muchos problemas. Satanás se aprovechó de la curiosidad de Eva para conducirla al pecado.

“Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella” (Gen. 3:4-6).

Satanás crea y usa nuestra curiosidad para que experimentemos con el pecado. Así, pues, haremos algo solamente para saber cómo es. Satanás utiliza nuestra curiosidad para destruirnos al influenciarnos hacia pecados que no habríamos cometido, moviéndonos a pensar que tales cosas quedan exentas de consecuencias. Eso es lo que Satanás hizo con Eva. Él no trató de convencerla de que comer del árbol de la ciencia del bien y del mal no era una violación de la ley de Dios. Implícitamente, Satanás reconoció el hecho de que era una transgresión. Pero, él motivó la curiosidad de Eva para que ella pensara que la transgresión le traería un beneficio, la satisfacción de su curiosidad. Eva entendió bastante bien la pena de muerte que vendría por violar las instrucciones de Dios. No obstante, ella confió en Satanás quien le dijo: “No moriréis.”

Satanás sigue mintiendo y motivando la curiosidad de la gente, haciéndoles creer que podrán pecar sin sufrir consecuencias. Son de Satanás ideas tales como: “Nadie lo sabrá.” “Nadie saldrá lastimado.” “Siempre hay tiempo para arrepentirse después.”

El peligro de un pecado

¿Por qué no experimentar si solamente es un pecado? La razón es porque el pecado tiene consecuencias nefastas, ¡aunque sea un solo pecado! La cantidad de pecado, en este caso, es irrelevante. Si cedemos a un solo pecado, motivados por la curiosidad, estaremos en terreno peligroso. Sólo basta un pecado para quedar separados de Dios, poniendo así en peligro eterno nuestras almas.

Cuando Felipe fue a Samaria para predicar el evangelio del reino (Hech. 8:12), una de las personas que obedecieron el evangelio era un hombre llamado Simón, quien antes ejercía la magia (Hech. 8:9, 13). Tiempo después, los apóstoles Pedro y Juan descendieron de Jerusalén a Samaria para imponer las manos a los nuevos conversos y así impartirles dones sobrenaturales (Hech. 8:17). Simón estaba impresionado y quiso tener esta misma habilidad. Incluso ofreció dinero a los apóstoles para obtener la capacidad de transmitir dones sobrenaturales. Pedro emitió una fuerte reprimenda a Simón:

“Entonces Pedro le dijo: Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero. No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón; porque en hiel de amargura y en prisión de maldad veo que estás” (Hech. 8:20-23).

Simón necesitaba urgentemente arrepentirse. Su alma estaba en peligro y necesitaba el perdón de Dios. Pedro le dijo que su corazón no era recto delante de Dios, que él había cometido una iniquidad, y que él estaba en la hiel de amargura y preso en la esclavitud del peca-

do. Todo esto se produjo después de un solo pecado. Es como Jacobo escribió:

“Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos” (Stgo. 2:10).

Un solo pecado pone nuestra alma en peligro, y también nos pone en riesgo de quedar enredados y atrapados en él por siempre. Pedro nos advierte acerca de esta situación que se produce en el falso maestro y en el que presta atención a su mensaje destructivo:

“Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció. Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero” (2 Ped. 2:19-20).

El pecado no es algo con lo cual jugar. Cuando damos un paso en el barranco del pecado descenderemos mucho más lejos de lo que pretendíamos. Muchos han experimentado con drogas y alcohol, y se han convertido en adictos. Otros se han involucrado en relaciones sexuales ilícitas y han contraído enfermedades mortales. Otros permitieron que la curiosidad por la pornografía los esclavizara en una adicción.

Recordemos el ejemplo de David y su adulterio con Betsabé. La primera vez que la codició, David no pretendía que su aventura progresaría al homicidio del marido de ella para ocultar un embarazo no deseado. Sin embargo, hasta este punto descendió David por un solo pecado inicial.

No necesitamos la curiosidad por algún pecado

Hay muchas cosas por las cuales podemos sentir alguna curiosidad, sin que esto resulte en una amenaza para nuestra alma. No obstante, el pecado no es algo por lo cual debemos experimentar curiosidad. ¿Por qué? Ya debiéramos saber bastante. Cada uno de nosotros ha tenido la suficiente experiencia con el pecado, habiendo participado en él muchas veces y de muchas maneras.

“por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Rom. 3:23).

“¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Cor. 6:9-11).

“Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles, andando en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, disipación y abominables idolatrías” (1 Ped. 4:3).

Hemos pecado, no hay nada que podamos hacer para cambiar este hecho. La historia es historia. Sin embargo, esto no significa que debemos continuar en el pecado. Algunos cristianos en Corinto habían mantenido estilos de vida bastante destructivos, pero ya no vivían así. Pedro dice que todo el tiempo que hemos tenido antes de seguir a Cristo, fue nuestro tiempo de vivir en el pecado, no ahora si estamos en Cristo. Debemos vivir para Cristo. No debemos sentir curiosidad por el pecado. Ya hemos experimentado suficiente.

Además de nuestra experiencia personal con el pecado, sabemos de varios otros que han pecado mucho más, incluyendo los ejemplos bíblicos. Cuando Pablo escribió a la iglesia en Corinto y discutió los pecados de los israelitas y el castigo posterior, dijo que esto les sucedió como ejemplo para nosotros, lo que implica la necesidad que tenemos de aprender de los errores ajenos.

“Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos” (1 Cor. 10:11).

¿Mejoraba la situación de los israelitas por causa de sus pecados? No. En realidad sucedió lo contrario. El pecado siempre venía con terribles consecuencias negativas. Debemos recordar esto cuando nos sentimos tentados a experimentar con el pecado.

Una buena razón por la cual sabemos que la curiosidad por el pecado es absurda, guarda relación con el engaño del pecado. La satisfacción que viene con el pecado es de corta duración. El placer que podemos derivar del pecado es sólo temporal, mientras que la recompensa de Dios es eterna.

“Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón” (Heb. 11:24-26).

“Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Jn. 2:17).

Si nos sentimos tentados a pecar por curiosidad, tenemos que entender el mal que nos sobrevendrá por nuestro deliberado experimento con el pecado. Semejante proceder será perjudicial en nuestro

entorno, y con implicaciones eternas. Jesús dirá a los rebeldes: “Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mat. 7:23).

No se rinda ante la curiosidad

El anhelo de comprender y experimentar no es malo necesariamente. Saber que debemos renunciar a nuestra curiosidad por el pecado, no quiere decir que debamos dejar de lado nuestro deseo de aprender lo bueno y experimentarlo. Debemos redirigir nuestra curiosidad, cambiando nuestro enfoque, controlando nuestro anhelo de saber. Hay muchas cosas que podemos aprender:

- Obtener más información sobre la voluntad de Dios para nosotros (Ef. 5:17). Podemos dedicar toda nuestra vida a estudiar la Biblia y siempre aprender de ella. Siempre podremos profundizar nuestro conocimiento de la voluntad de Dios y reforzar lo que ya hemos aprendido.
- Obtener más información acerca de los pueblos y lugares mencionados en la Biblia (historia, geografía, arqueología, etc.) Un estudio semejante nos puede dar una idea más clara de los eventos registrados en la palabra de Dios.
- Conocer más de las maravillas de la creación de Dios. El mundo que nos rodea es un testimonio del eterno poder y divinidad de Dios (Rom. 1:20). El trabajo divino es verdaderamente asombroso. Cuanto más aprendamos de esto, nuestra fe en Él crecerá.
- Aprender a utilizar los recursos de la naturaleza para el propio sustento. Dios, en su providencia, ha creado un mundo que puede sostener la vida, el suministro de recursos para la alimentación, ropa y vivienda. Podemos aprender maneras de usar mejor las cosas que Dios nos ha dado.

- Aprender de los demás en las diversas áreas de conocimiento. Esto puede abrir las puertas para ayudarles y enseñarles la palabra de Dios.
- Aprender todo lo que nos pueda ayudar, ya sea en el servicio a Dios o en el cumplimiento de nuestras responsabilidades cotidianas.

Esto ciertamente no es una lista exhaustiva. Pero el punto es que podemos utilizar nuestro anhelo de saber de una manera buena, en lugar de experimentar y abrir la puerta al pecado por curiosidad.

Resumen

Frecuentemente se peca por la simple curiosidad de experimentar lo malo. Sin embargo, el deseo de saber y comprender no es malo en sí. Dios nos creó con el impulso innato de llenar el vacío de información que tenemos para dirigirnos a la vida eterna. Pero, el pecado no es algo que debiera despertar nuestra curiosidad. Un solo pecado puede separarnos eternamente de Dios. Además, ya sabemos lo suficiente acerca del pecado, personalmente y por medio de otros. No desperdiciemos nuestra capacidad y tiempo corriendo tras el pecado. Podemos llenar la mente con buena información.

No Llenar Nuestras Vidas con Cosas Buenas

Algo que todos tenemos en común es la cantidad de horas de vida por día. Aunque a menudo pensamos que no tenemos tanto tiempo como los demás, la realidad es que hemos elegido ocuparnos de las cosas que ahora consumen nuestro tiempo – ya sea como actividades específicas o como consecuencia de nuestras decisiones.

Es importante que llenemos nuestra vida y nuestro tiempo con las actividades y trabajos apropiados y saludables. ¿Por qué? Porque Satanás se aprovechará si dejamos espacio para el pecado al no usar de sabiduría para llenar nuestras vidas con las cosas buenas.

Jesús advierte que una mente ociosa conduce a una cautividad en el pecado.

“Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y no lo halla. Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí; y cuando llega, la halla desocupada, barrida y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero. Así también acontecerá a esta mala generación” (Mat. 12:43-45)

Obviamente la actividad demoníaca ha cesado, los malos espíritus están confinados (Jud. 6) y no trabajan de la misma manera hoy como lo hicieron en el primer siglo, cuando Jesús estaba en la tierra y sus apóstoles salieron por el mundo. La posesión demoníaca no es un problema hoy en día. Sin embargo, el principio detrás de las palabras de Jesús sigue siendo válido. Si eliminamos cierto pecado de nuestra vida, pero no tomamos nuestro tiempo, nuestra energía y todos nuestros recursos que se utilizamos previamente para no practicar más el

pecado, corremos el riesgo de volver a pecar, incluso hundiéndonos aún más que antes en el poder de las tinieblas.

La ociosidad conduce inevitablemente al pecado. Al dar instrucciones a Timoteo acerca de la atención de “las viudas que en verdad lo son” (1 Tim. 5:3), el apóstol Pablo advirtió contra el fomento de la ociosidad.

“Y también aprenden a ser ociosas, andando de casa en casa; y no solamente ociosas, sino también chismosas y entremetidas, hablando lo que no debieran. Quiero, pues, que las viudas jóvenes se casen, críen hijos, gobiernen su casa; que no den al adversario ninguna ocasión de maledicencia” (1 Tim. 5:13-14).

Estamos familiarizados con el pecado notorio de David con Betsabé. Él vio una mujer que se bañaba, preguntó por ella, la invitó para conocerla, cometió adulterio, y con el fin de cubrir el embarazo que resultó, asesinó a su esposo y la tomó como su esposa. David era un hombre conforme al corazón de Dios (Hech. 13:22). ¿Cómo es posible que siguiera el camino que lo llevaría a semejante maldad? Note lo que dice el texto:

“Aconteció al año siguiente, en el tiempo que salen los reyes a la guerra, que David envió a Joab, y con él a sus siervos y a todo Israel, y destruyeron a los amonitas, y sitiaron a Rabá; pero David se quedó en Jerusalén ” (2 Sam. 11:1)

¿En qué lugar debería haber esto el rey David? En el campo de batalla al frente de su ejército. Recordemos que ésta fue una de las razones por las cuales los hijos de Israel pidieron un rey (1 Sam. 8:20). Pero, en vez de ir a la guerra delante de su ejército ¿dónde estaba David? Estaba en su casa. Una vez allí, lejos de sus deberes, tenía que encontrar alguna manera de llenar su tiempo. Esto abrió la puerta al pecado.

No le demos una oportunidad a Satanás. En lugar de eso, llenemos nuestra vida de cosas buenas. ¿Cuáles son las cosas buenas? Son las cosas que vienen de Dios (Stgo. 1:17). Debido a que debemos cuidar nuestro corazón porque “de él brotan los manantiales de la vida” (Prov. 4:23, LBLA), llenemos nuestro corazón de las cosas de Dios. Pablo dijo a los filipenses, “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo digno, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo honorable, si hay alguna virtud o algo que merece elogio, en esto medita” (Fil. 4:8).

Llenando nuestras vidas con lo bueno

El Espíritu Santo, por boca de Pablo, dijo que debemos vivir “aprovechando cada oportunidad del bien hacer, porque los días son malos” (Ef. 5:16, VM). Nuestras vidas deben llenarse con el bien. Todos tenemos el mismo número de horas de vida por día. Entonces, ¿cómo vamos a usar el tiempo que Dios nos da?

- Servir a Dios: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Rom. 12:1). Un “sacrificio vivo” no es un servicio discreto a Dios, sino una vida entregada a llevar a cabo su voluntad.
- Enseñar a otros: “Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio” (Hech. 8:4). Los cristianos de Jerusalén se vieron obligados a huir para escapar de la persecución que había estallado en la ciudad. En vez de guardar silencio acerca de su fe, se aprovecharon de las oportunidades que encontraron y enseñaron a otros acerca de Cristo. ¡Nada debe impedir que enseñemos a otros el evangelio!
- Ayudar a otros: “Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Gal. 6:10). Hay gente a nuestro alrededor que puede necesitar nuestra ayuda.

Debemos buscar oportunidades en las que podemos utilizar nuestro tiempo, recursos y talentos para asistir a los que nos necesitan.

- Estudiar la palabra de Dios: “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad” (2 Tim. 2:15). Cuanto más estudiemos la Biblia, mejor la manejaremos (trazamos). Esto nos ayudará a ver el camino correcto, superar las tentaciones y enseñar la verdad a los demás.
- Orar: “Orad sin cesar” (1 Tes. 5:17). El apóstol Pablo mencionó aquí la oración habitual, persistente y regular. Debemos practicar la oración sin cesar. ¿Cuánto orar? No hay respuesta numérica. Hemos sido llamados a orar “sin cesar.” Nunca será excesiva la oración. Tenemos la confianza de que podemos presentarnos ante Dios en la oración, en cualquier momento y en cualquier circunstancia.
- Proporcionar lo necesario a nuestra familia: “porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo” (1 Tim. 5:8). A menudo la gente se apresura a condenar a los etiquetados como “adictos al trabajo” – aquellos que dedican una cantidad excesiva de tiempo en sus puestos de trabajo en detrimento de sus familias. Si queremos evitar aquel extremo, no debemos desechar las oportunidades razonables para proporcionar a los nuestros a costa de nuestros esfuerzos cotidianos. Los varones, en particular, tienen la responsabilidad de mantener a la familia. Es un esfuerzo digno, incluso si se requiere más trabajo de lo que nuestra sociedad ha elegido arbitrariamente como algo justo (45 horas semanales en Chile).
- Pasar tiempo de calidad con nuestra familia: “Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté

solo; le haré ayuda idónea para él” (Gen. 2:18). “Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Ef. 6:4). Los cónyuges deben ser compañeros entre sí, lo que implica el tiempo que pasamos juntos. Así también, la formación de los niños requiere que los padres pasen tiempo de calidad con ellos.

- Alentar a otros: “antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado” (Heb. 3:13). Es un deber, delante de Dios, el brindar aliento a los demás. Es una tarea diaria que debe llevarse a cabo. Las consecuencias de no hacerlo son graves.

Esta lista podría ser mucho más extensa, pero si sólo consideramos lo que está en ella, podemos preguntarnos: ¿Qué tiempo nos quedaría de sobra si nos dedicamos a hacer tales cosas? Los elementos de la lista anterior no son cosas triviales que pueden ser ignoradas, cada elemento es importante, y cada uno tomará de nuestro tiempo, energía y recursos.

El pecado también toma tiempo, energía y recursos. ¿Cómo podríamos justificar el perder tiempo precioso en lo que es pecaminoso? No podemos. Entonces, debemos llenar nuestra vida de cosas buenas y no dejan lugar para las cosas de influencia mala.

Resumen

La ociosidad conduce al pecado. Si desea quitar el pecado de su vida, usted necesita quitar de su tiempo para pecar. Es decir, llene su vida haciendo las muchas cosas buenas que son dignas de su tiempo.

Falta de Prioridades

Vivimos nuestra vida de acuerdo a lo que hemos determinado que es importante para nosotros. Nuestras acciones, relaciones, presupuesto y aficiones se basan en nuestras prioridades. Si algo no es importante para nosotros, no vamos a tener tiempo para ello. Entonces, por las cosas que creemos que son importantes, vamos a sacrificar tiempo, dinero y esfuerzo.

A medida que nuestras vidas se llenan rápidamente con cosas necesarias e innecesarias, es imprescindible que tengamos nuestras prioridades claras y en orden. El Señor Jesús nos enseña cual es el enfoque adecuado que debemos tener:

“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mat. 6:33).

Las cosas espirituales deben tener prioridad sobre todo lo demás. Buscando “primeramente el reino de Dios y su justicia” no sólo nos dirigiremos en la dirección correcta, sino que también evitaremos el pecado.

Tener prioridades equivocadas nos llevará inevitablemente al pecado. Cuando le damos a las cosas materiales una prioridad mayor que a las cosas de Dios, vamos a tener problemas. Ciertamente, las cosas materiales no siempre serán malas en sí mismas, pues muchas serán buenas y útiles. Pero cuando le damos a lo material mayor importancia que a Dios, las oportunidades para el pecado abundarán.

Nuestras familias deben naturalmente ser una parte importante de nuestra vida. Los cónyuges tienen mutuas responsabilidades. Los padres deben criar a sus hijos adecuadamente. Fuertes relaciones entre parientes, incluso más allá de los familiares directos, será algo muy bueno. Sin embargo, a pesar de lo bueno y útil que podrían ser

estas relaciones, Jesús advierte contra la valoración que damos a lo que no es una relación con él.

“No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí” (Mat. 10:34-37).

Cuando nuestra familia está dividida en cuanto a la verdad, debemos ponernos del lado de la causa de Cristo. Si tenemos nuestras prioridades en orden, con Dios en primer lugar, la elección será simple. Cualquier conflicto con nuestra familia es triste y lamentable, por supuesto (nadie lo niega), pero la elección en sí es simple. ¿Por qué? Nosotros valoramos a Dios sobre todas las cosas. Cuando ponemos nuestra familia en una prioridad mayor que Dios, a continuación, en tiempos de conflicto vamos a optar por ser infieles a Dios antes que a nuestra familia.

Más allá de la relación familiar, hay un deseo natural de ser aceptados por los cercanos (amigos, vecinos, compañeros de trabajo, etc.) Pero, ¿cuánta importancia le damos a esta aceptación? ¿Es más importante para nosotros que la aprobación de Dios?

“Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo” (Gal. 1:10).

Debemos tomar una decisión. Podemos tratar de agradar a Dios, o podemos tratar de agradar a los hombres. Muchos quieren tener las dos cosas. Ellos quieren servir a Dios, pero también quieren estar seguros de que otros piensen bien de ellos. Sin embargo, el apóstol Pablo dijo que estas motivaciones son incompatibles. Sí, podemos

tener el favor de algunas personas cuando agradamos a Dios. Obviamente, aquellos que están satisfechos serán los que desean que la voluntad de Dios se haga en todas las cosas. Pero incluso entonces, nuestro motivo debe ser el agradar a Dios, no complacer a los que siguen a Dios. De lo contrario, podríamos apostatar por seguirlos, o por lo menos tolerar lo malo para mantener una “buena relación” con ellos. En fin, nuestra prioridad debe ser complacer a nuestro inmutable Dios en lugar de complacer a los hombres volubles.

Como vimos anteriormente, el materialismo es un problema que lleva al pecado. Las bendiciones físicas son buenas. Después de todo, han sido dados por Dios (Sant. 1:17). Pero tenemos que mantener estas cosas en su justa dimensión.

“Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Jn. 2:17).

Este mundo es temporal. Por lo tanto, darle una alta prioridad a las cosas de este mundo, al punto de dejar a Dios en segundo lugar, es gravemente erróneo. Esto refleja un énfasis indebido en lo material, las cosas que podemos tener ahora en este mundo. Debemos recordar lo que es verdaderamente importante y de valor eterno.

“Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma” (1 Ped. 2:11).

“Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz” (Rom. 8:6).

Cuando nos centramos en el “aquí y ahora,” el pecado se volverá más atractivo. Si hacemos caso omiso de las consecuencias eternas de nuestro comportamiento impío, a menudo justificaremos el complacer nuestras pasiones. Por lo tanto, no importa el placer que se puede obtener del pecado, esto será algo temporal. Moisés se dio cuenta de esto:

“Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón” (Heb. 11:24-26).

El mundo entero, y todo lo que se ofrece en él, es temporal. Dios y todo lo que Él nos promete es eterno. Debemos considerar esto cuando establecemos nuestras prioridades. Todo lo que podamos conseguir en esta vida, en consideración de la aprobación humana, palidece en comparación con lo que Dios ofrece. Por eso, Jesús hizo la siguiente advertencia:

“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni lapolilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mat. 6:19-21).

Jesús contó una parábola acerca de un terrateniente rico que había logrado una gran producción y que tenía que decidir qué hacer con semejante abundancia. Este hombre no consideró la incertidumbre del tiempo, y había puesto demasiado énfasis en la riqueza física que tenía en esta vida. Como resultado, se olvidó de su alma y la eternidad.

“También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe,

regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios” (Luc. 12:16-21).

El pecado de este hombre no era la prosperidad. Su pecado consistía en dejar de lado las cosas espirituales y centrándose exclusivamente en las cosas físicas.

No hay nada más valioso que nuestra alma. Nuestras almas nos fueron dadas por Dios, lo cual nos hace diferente de los animales. Es la parte de nosotros que anhela vivir en la eternidad. Pero, el destino eterno de nuestra alma se reduce a dos opciones. Tenemos la posibilidad de estar en la presencia de Dios o sufrir el tormento separados de él. Es fácil elegir el resultado deseable. Pero a menudo es difícil tomar las decisiones correctas en la vida para llegar a ése resultado deseado. Nuestro Señor Jesús lo ha dejado claro, si no somos capaces de alcanzar el cielo y perdemos ésta bendición por nuestra propia falta de prioridades correctas, después será demasiado tarde.

“Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Mat. 16:26).

¿Dónde tenemos anotado al pecado en nuestra lista de prioridades? ¿Tiene un lugar allí? Realmente, el pecado no debe estar en nuestra lista si realmente valoramos lo que es espiritual y eterno. Nuestra alma es demasiado importante como para perderla a causa de todo los deleites temporales que este mundo tiene para ofrecernos.

Asegurémonos de que nuestras prioridades están en orden

¿Cómo nos aseguramos de que nuestras prioridades están en orden? Podemos identificar esto al responder honestamente las siguientes dos preguntas:

1. ¿Qué podemos obtener sin Dios?
2. ¿Qué podemos ganar con Dios?

En el mejor de los casos, lo máximo que se puede obtener sin Dios es el mundo. Imagínese que usted puede obtener todo lo que el mundo ofrece, que puede ganar toda la tierra y la riqueza, todo el aprecio de la gente que ama y respeta, y que puede llegar a ser “libre” de hacer lo que quiera, como quiera y cuando quiera. Sin embargo, con el tiempo usted lo perderá todo, incluso si lo mantiene durante toda su vida, usted un día morirá.

Dios le preguntó al hombre rico: “lo que has provisto, ¿de quién será?” (Luc. 16:20). Esto nos deja una gran lección, usted no se puede llevar lo que ganó en la vida. No importa lo que usted puede obtener aquí, un día todo se escapará de sus manos.

Pero ¿qué es lo podemos ganar con Dios? Con Dios usted no tiene promesa de riquezas en esta vida. Pero usted tiene la promesa de “una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos” (1 Ped. 1:4). Nada en esta vida se puede comparar con esta recompensa. Como reconoció Moisés, el pecado puede ser placentero, pero el deleite pecaminoso es sólo temporal frente a la recompensa que Cristo otorga es mucho mayor (Heb. 11:25-26). Por semejante recompensa vale la pena el esfuerzo, incluso si eso significa tener que sufrir o renunciar a las cosas de esta vida. Si usted va a luchar por esto, entonces debe mantener sus prioridades en el orden correcto.

Resumen

Usted peca cuando decide pecar. Esto, en sí refleja una falta de prioridades correctas. Si usted va a comenzar a quitar el pecado de su vida, usted debe hacer un esfuerzo consciente para poner las cosas espirituales primero. Reconozca que todas las cosas en este mundo (relaciones, riqueza, placeres) son sólo temporales. Por otro lado, la recompensa de Dios es eterna y mucho más grande que cualquier cosa que este mundo pueda ofrecer.

Circunstancias Difíciles

A menudo, una excusa predilecta para pecar consiste en señalar las circunstancias difíciles que a alguno le toca vivir. Estos pretextos son presentados por la misma persona o por sus defensores:

- Robó, pero él es pobre.
- Tiene un problema con la bebida, pero sus padres eran alcohólicos.
- Cometió un homicidio, pero fue abusado cuando era niño.

Estos son solamente algunos ejemplos. La lista es interminable. El pecado es justificado regularmente debido a la “situación difícil” de cada uno. No podemos tener esta mentalidad, porque el pecado envuelto en pretextos llega a ser tolerado, y luego, lamentablemente, llegará a ser aceptado, es sólo cuestión de tiempo.

Ciertamente, reconocemos que algunas circunstancias son trágicas y difíciles de sobrellevar, tales circunstancias no excusan el pecado. El conjunto de circunstancias difíciles que rodean la vida de una persona no son atenuantes, ni eximentes, del pecado que esté cometiendo. El pecado es pecado, y si queremos vencerlo debemos abandonarlo.

Es bueno establecer tres puntos. Cuando enseñamos que las circunstancias difíciles no son excusa para pecar, no somos insensibles hacia los demás, ni motivamos a una falta de interés por los que tienen una vida rodeada de circunstancias difíciles. Por otra parte, alguien dirá: “Pero usted no sabe lo que me ha tocado vivir,” y eso puede ser cierto. Sin embargo, la frase usted no sabe lo que me ha tocado vivir” funciona en ambos sentidos. Por último, debemos dejar bien claro, que aunque no sepamos todos los detalles de lo que a otro le ha tocado vivir, sí sabemos lo que la palabra de Dios dice.

“Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia” (Rom. 6:11-13).

“Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom. 6:23).

Debemos quitar el pecado de nuestras vidas. Si no lo hacemos, vamos a recibir el justo pago. No hay ninguna excepción, a pesar de nuestras circunstancias.

¿Qué tan mala es su vida?

Si consideramos algunos ejemplos bíblicos, veremos a varias personas que vencieron el poder del pecado a pesar de las circunstancias difíciles que les tocó vivir. Tal vez usted está sufriendo una tragedia ahora mismo. Tal vez usted tiene varias dificultades difíciles de superar. Compare las dificultades de su vida con las dificultades que superaron las personas que enseguida mencionaremos. Estas personas, a pesar de sus difíciles circunstancias, no justificaron el pecado. Ellos superaron el pecado.

“Y dejó todo lo que tenía en mano de José, y con él no se preocupaba de cosa alguna sino del pan que comía. Y era José de hermoso semblante y bella presencia. Aconteció después de esto, que la mujer de su amo puso sus ojos en José, y dijo: Duerme conmigo. Y él no quiso, y dijo a la mujer de su amo: He aquí que mi señor no se preocupa conmigo de lo que hay en casa, y ha puesto en mi mano todo lo que tiene.

No hay otro mayor que yo en esta casa, y ninguna cosa me ha reservado sino a ti, por cuanto tú eres su mujer; ¿cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?” (Gen. 39:6- 9).

Luego de haber sido vendido por sus hermanos, José estaba en Egipto en circunstancias muy difíciles. Ahora era un esclavo. Estaba solo en una tierra extranjera. En este tipo de circunstancias, podríamos esperar la vulnerabilidad a la tentación. El pecado momentáneo podría servir como una distracción placentera al dolor. Pero José no dio lugar al pecado, él se mantuvo firme y se negó a ceder a la tentación.

También tenemos el ejemplo de Job, un hombre “perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (Job 1:1), quien había sido ricamente bendecido llegando a ser el “más grande que todos los orientales” (Job 1:3). No obstante, a Job todo le fue quitado rápidamente. Sus hijos y pertenencias se perdieron. Lo único que le quedaba era su vida. Pero, él no tomó esta serie de eventos difíciles como un pretexto para pecar.

“Entonces Job se levantó, y rasgó su manto, y rasuró su cabeza, y se postró en tierra y adoró, y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito. En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno” (Job 1:20-22).

Cuando Job perdió su salud, su propia esposa se volvió contra él:

“Entonces le dijo su mujer: ¿Aún retienes tu integridad? Maldice a Dios, y muérete. Y él le dijo: Como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas, has hablado. ¿Qué ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos? En todo esto no pecó Job con sus labios” (Job 2:9-10).

Con todo lo que Job tuvo que soportar (la pérdida de sus hijos, de sus posesiones y de su salud), su propia esposa se volvió en su contra. Más que nadie, el cónyuge debe ser una fuente de consuelo y aliento en el valle de sombra de muerte. Sin embargo, la esposa de Job no fue consuelo y aliento para él. A pesar de todo ello, en medio de circunstancias tan difíciles, Job no pecó.

Luego, tenemos el mayor y más grande ejemplo, nuestro Señor Jesucristo. Él dejó su trono de gloria para salvarnos: “el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:6-8). “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Jn. 1:12). A pesar de lo anterior, él no cometió pecado.

“Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1 Ped. 2:21-24).

Incluso mientras se enfrentaba a las graves dificultades de la cruz, Jesús no pecó. Pedro nos dice que Cristo es nuestro ejemplo. Jesús soportó todas estas cosas para que nuestros pecados fuesen perdonados. Él murió en la cruz para que nosotros “estando muertos a los pecados” vencamos el poder del pecado como verdaderos discípulos de Cristo. Sean cuales fueren nuestras circunstancias, podemos vencer el pecado, por el aliento y la guía de las Escrituras.

“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Cor. 10:13).

A veces la vida es dura. Tal vez usted está sufriendo más que las personas que le rodean. Pero, una cosa está clara: No importa cuán difíciles sean las circunstancias que le rodean, usted puede vencer la prueba. No utilice su situación como excusa para pecar. Supere sus dificultades con la ayuda de Dios y quite el pecado de su vida.

Resumen

Las pruebas, la adversidad y el sufrimiento pueden debilitarnos y dejarnos susceptibles a la tentación. Sin embargo, si se enfrenta a circunstancias difíciles, no retroceda en su lucha contra el pecado. Recuerde el ejemplo de otros que permanecieron fieles a pesar de las circunstancias difíciles que les rodearon. Asimismo, recuerde la promesa divina: Para cada tentación hay una vía de escape. Sólo tiene que tomarla.

Malos Hábitos

Un hábito (del latín “habitum,” costumbre) es “Forma de conducta adquirida por la repetición de los mismos actos” (Larousse). “Modo especial de proceder o conducirse adquirido por repetición de actos iguales o semejantes” (RAE). Cualquier cosa puede convertirse en un hábito, tanto lo bueno como lo malo.

Tristemente, muchos han desarrollado hábitos pecaminosos. Han pecado tantas veces que ahora lo hacen por instinto, sin siquiera pensarlo. Obviamente, esta es una condición lamentablemente peligrosa. No podemos arrepentirnos a menos que primeramente veamos el pecado que hay en nuestras vidas.

Ahora bien, el pecado ocasional es fácil de detectar, no sólo porque es ajeno a lo que comúnmente hacemos (para que nos comprometamos en un determinado comportamiento); sino que también, porque tenemos que tomar una decisión consciente de hacer caso omiso de lo que sabemos que es correcto con el fin de cometerlo. En cambio, los pecados habituales son capaces de mimetizarse, siendo difíciles de detectar para quien los comete, porque no se piensa en ellos.

Nuestra decisión de comprometernos con hábitos pecaminosos es una cuestión a menudo inconsciente. Esto, por supuesto, no es una excusa para pecar. Como ya hemos aprendido de las Escrituras, el pecado siempre es pecado, no importa si éste es habitual o no, si pensamos en él o no. Aquí está lo esencial del asunto, pues cuando el pecado se convierte en una parte “normal” de nuestra rutina, no sólo nuestra vida pecaminosa continuará, también dejaremos la puerta abierta para otros pecados.

En los días de Noé, Dios dijo “Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado” (Gen. 6:7), los mismos hombres que fueron hechos a su imagen y semejanza (Gen. 1:26-27). Recordemos,

después que Dios terminó su obra creadora de seis días, con Adán y Eva incluidos, “vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Gen. 1:31). Sin embargo, en el tiempo de Noé, la humanidad había provocado a Dios: “Y se corrompió la tierra delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia” (Gen. 6:11). ¿Cómo puede el hombre llegar a este punto en tan pocas generaciones?

“Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Gen. 6:5).

El hombre se había degenerado a un estado de profunda maldad, porque esto era lo que ocupaba su mente. El pecado había llegado a ser común y aceptado. Y, a pesar de que Noé era un “pregonero de justicia” (2 Ped. 2:5) y de que “esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé” (1 Ped. 3:20), nadie fuera de la familia de Noé estuvo dispuesto a volverse de sus malos caminos.

Los pensamientos conducen a acciones, la práctica sigue a la creencia. Si nuestros pensamientos son corruptos, nuestras acciones también lo serán. Esto ocurrió con los impenitentes de los días de Noé. También sucedió más tarde con la gente de Jerusalén.

“¿Se han avergonzado de haber hecho abominación? Ciertamente no se han avergonzado, ni aun saben tener vergüenza; por tanto, caerán entre los que caigan; cuando los castigue caerán, dice Jehová” (Jer. 6:15).

Estos eran el pueblo escogido de Dios. Habían recibido la Ley, pero no la guardaron. El pecado había llegado a ser tan común para ellos, que ya no había ningún tipo de vergüenza o remordimiento por violar la ley de Dios. Tan corrompidos estaban, que ya no podían “ruborizarse” (VM). Tenían cauterizada la conciencia.

“Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia” (1 Tim. 4:1-2).

La conciencia es “aquel proceso de pensamiento que distingue lo que considera moralmente bueno o malo, alabando lo bueno, condenando lo malo, y así impulsando a hacer lo primero, y a evitar lo último” (VINE). Observe con cuidado, la conciencia es un proceso de pensamiento que distingue, es decir, hace juicios morales. Pero lo que distingue lo hace según *considera* lo que es moralmente bueno o malo. Por lo tanto, la conciencia no sirve para determinar lo bueno y lo malo. Alguien podría pecar, y a la vez pensar que está haciendo bien, sintiéndose incluso satisfecho. Pablo vivía “con una conciencia perfectamente limpia” a la vez que perseguía a la iglesia (Hech. 23:1, LBLA). No podemos usar nuestra conciencia como regla determinante de lo que es correcto e incorrecto en la vida.

Sin embargo, la conciencia puede servir a un propósito útil si se configura correctamente, como lo hacemos con un reloj. En cambio, si la conciencia se configura incorrectamente, ella nos llevará por mal camino.

Cuando somos tentados a pecar, la conciencia está ahí para *recordarnos* lo correcto e incorrecto. Si pecamos, entonces la buena conciencia debiera condenarnos con culpa y vergüenza porque hemos hecho algo que sabemos que está mal. Por supuesto, la única forma en que éste proceso de pensamiento funcione correctamente es educando nuestra conciencia con la infalible palabra de Dios (Heb. 5:13-14). Si está debidamente capacitada, nuestra conciencia será una herramienta valiosa en la superación y abandono del pecado. No obstante, si nuestra conciencia está cauterizada, estaremos en serios problemas. Ya no podremos sensibilizarnos ante la culpa del pecado, pues nuestra conciencia no nos dirigirá a arrepentirnos.

Ahora bien, aunque la conciencia puede ser entrenada erróneamente, esto no significa que esté cauterizada, pues para que ésta llegue a estar cauterizada e insensible, debe intervenir una práctica habitual de lo que la propia conciencia reconoce como malo, superando así la natural vacilación que precede y la vergüenza que sigue al pecado.

He aquí la razón por la cual es tan importante quitar los hábitos pecaminosos de nuestras vidas. El inspirado escritor de Hebreos dijo “despojémonos... del pecado que nos asedia” (Heb. 12:1). El pecado nos destruirá si permitimos que permanezca en nuestra vida. Los hábitos pecaminosos son los más difíciles de superar, porque son los más fáciles de pasar por alto, pues se ejecutan por instinto y reacción.

Para vencer los hábitos pecaminosos, tenemos que seguir las instrucciones del apóstol Pablo: “Mirad, pues, con diligencia cómo andéis” (Ef. 5:15). En lugar de continuar procediendo sin pensar, debemos reflexionar con la Biblia abierta sobre nuestras acciones. “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos...” (2 Cor. 13:5). Tenemos que estar seguros de que estamos poniéndonos a prueba con la norma correcta, la palabra de Dios.

Si después de un examen cuidadoso y honesto, nos encontramos con que estamos haciendo bien, excelente. Debemos seguir velando y creciendo en Cristo (2 Ped. 3:17-18). Pero, si hay cambios que debemos hacer para conformarnos a la imagen de Cristo (Rom. 8:29), entonces tenemos que hacer esos cambios inmediatamente. Tenemos que romper el hábito del pecado. Antes de actuar, debemos pensar en lo que vamos a hacer. ¿Es algo que desagrada a Dios? ¿Viola las instrucciones que nos ha revelado el Señor en su palabra? Si es así, hay que abstenerse de practicar el mal.

No es suficiente con que queramos hacer lo correcto, debemos hacerlo. Para ello, debemos hacer las correcciones en nuestro comportamiento quitando los malos hábitos. Debemos examinar nuestras vidas, destruir el pecado, siguiendo las instrucciones del Señor.

Resumen

Para vencer el poder del pecado, debemos romper los hábitos pecaminosos que han condicionado nuestra conciencia. Por lo tanto, asegúrese de que su conciencia está bien educada con la palabra de Dios, en lugar de estar habituada al pecado. En vez de proceder sin pensar, tenga cuidado de cómo usted actúa. Si encuentra pecado en su vida, elimínelo antes de que éste pecado se convierta en un hábito.

Falta de Autocontrol

Es fácil observar nuestra sociedad y concluir que el autocontrol, o dominio propio, es una virtud anticuada. Se piensa que si deseamos algo, sólo tenemos que ir a buscarlo, y “si algo se siente bien, sólo hazlo.” Este es el mensaje que nuestra cultura está predicándonos con fervor. Pero, a pesar de la influencia poderosa de nuestra sociedad, las Escrituras nos enseñan que debemos ejercer el autocontrol.

“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio; contra tales cosas no hay ley” (Gal. 5:22-23, LBLA).

“vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad” (2 Ped. 1:5-6).

Lo interesante de estos pasajes es que el dominio propio es una cualidad que se desarrolla como resultado de seguir la dirección del Espíritu Santo. El cristiano influenciado por el Espíritu, siguiendo su revelación en las sagradas Escrituras, tendrá el dominio propio como fruto de la fe.

Para progresar creciendo en Cristo el dominio propio es imprescindible: “Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo” (2 Pedro 1:8). Sin dominio propio, nadie podrá vencer el pecado.

En esto hemos estado haciendo hincapié desde el principio. Para seguir a Jesús, debemos abandonar el pecado. Debemos trabajar arduamente para mantener este objetivo, y el dominio propio es vital

para lograr nuestra meta. Tenemos que aprender a ejercer el control sobre nuestro corazón. Si no somos capaces de hacer esto, constantemente estaremos peleando una batalla perdida contra el pecado. Si luchamos para vencer el pecado, sin quitar la raíz del problema, no podremos ser exitosos.

“sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Stgo. 1:14-15).

El pecado es el resultado de la concupiscencia (“deseo fuerte”; la misma palabra griega aparece en Efesios 4:22, “deseos engañosos”). El hombre es responsable de sus propios pecados. No hay que inculpar a Dios, ni a otros. La tentación procede de la concupiscencia en el corazón del hombre. Por lo tanto, tenemos que aprender a controlar lo que deseamos. Sólo porque algo parece agradable o conveniente por el momento, no significa que lo será a largo plazo, sobre todo en vista de la eternidad.

“Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Luc. 9:23).

Jesús dice que debemos negarnos a nosotros mismos. Es decir, debemos ejercer dominio sobre nuestras mentes y nuestros corazones para que podamos someternos a su voluntad, en lugar de seguir a nuestros propios deseos y caprichos. Jesucristo dice que necesitamos hacer un esfuerzo diario (“cada día”) para poder seguirle como verdaderos discípulos que aprenden de él (Mat. 28:20).

Debemos mantenernos firmes en nuestra determinación de superar el pecado, a pesar de las ocasiones en las que podríamos querer salir de la batalla para rendirnos temporalmente (dándole un poco de espacio a nuestro enemigo). Sin embargo, debemos recordar que no podremos vencer el problema del pecado si vamos a luchar solamente

cuando nos sintamos a la altura o cuando nos sea conveniente. Debemos luchar para vencer el pecado siempre, todos los días, como nos ha enseñado el Señor Jesús. Así que tenemos que aprender a ejercer el dominio propio, negándonos a nosotros mismos para seguir las pisadas de nuestro Maestro celestial.

Desarrollando el dominio propio

¿Cómo podemos controlarnos al punto de ser continentales, templados y disciplinados? ¿Qué podemos hacer para desarrollar y demostrar el tan necesario “dominio propio”? La respuesta la encontramos en las palabras de Pablo a los Corintios:

“Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne, (porque las armas de nuestra milicia no son carnales, mas son poderosas en Dios para demoler fortalezas,) derribando razonamientos soberbios, y toda cosa elevada que se ensalza contra el conocimiento de Dios, y poniendo todo pensamiento en cautiverio a la obediencia de Cristo” (2 Cor. 10:3-5, Versión Moderna).

Las armas que debemos utilizar en esta batalla espiritual son de origen divino. Principalmente, tenemos “la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios” (Ef. 6:17). Con el uso correcto de esta arma, podemos llevar “cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (RV1960). A menudo pensamos en esto, y lo aplicamos a lo que es la enseñanza a otros, para que ellos obedezcan. No obstante, primeramente debemos aplicarnos el pasaje y evaluarnos con un autoexamen.

Al estudiar la palabra de Dios, dejaremos todos nuestros pensamientos “en cautiverio a la obediencia de Cristo,” así llegaremos a ser “siervos de la justicia,” a la vez que renunciamos a los razonamientos pecaminosos (Rom. 6:16-18). Si vamos a romper las cadenas del pecado, debemos ejercer el dominio propio en aras de la libertad que Cristo provee.

Pablo dijo a los romanos que un signo de madurez es la ausencia del deseo de autocomplacencia (Rom. 15:1). Ciertamente, el contexto involucra la relación con nuestros hermanos; sin embargo, el principio siempre se extiende a nuestra relación con Dios. Nosotros debemos poner en primer lugar a Dios, en lugar de buscar la satisfacción de nuestros deseos egoístas.

“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mat. 6:33).

Si buscamos “primeramente” el reino de Dios, estaremos preparados para vencer el pecado.

Hay muchas fuerzas externas que nos pueden llevar al pecado. Pero, nada podrá arrastrarnos a menos que lo deseemos. En algún momento, habrá razones según el estándar del mundo, por las cuales se tendría que participar en algún pecado, pero si hemos eliminado el deseo de hacer lo malo no vamos a pecar.

Por lo tanto, tenemos que añadir dominio propio a nuestra fe en Cristo, y seguir creciendo para salvación haciendo siempre lo correcto, en lugar de ceder a nuestros deseos por falta de autocontrol. Pero, siempre será necesario crecer al punto de no desear el pecado antes acostumbrado. Este es el objetivo de negarnos a nosotros mismos, y decir junto con el apóstol Pablo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal. 2:20).

Resumen

Nuestra propia concupiscencia nos lleva al pecado. Por lo tanto, para vencer el pecado, recuerde lo que Cristo requiere de sus discípulos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Luc. 9:23). Todos los días usted tendrá una lucha contra el pecado. Ponga a Dios en primer lugar, por delante

de todo lo que pueda desear. Y, finalmente, recuerde que el pecado jamás será conveniente para usted.

Falta de una Inmediata Obligación

A veces tenemos una percepción extraña y desfavorable de la vida. A menudo, nos apremia el estrés y la preocupación por los asuntos que deben ser abordados en el corto plazo. No obstante, cuando se trata de objetivos a largo plazo, se tiende a adoptar un enfoque de calma y demora. Esto es algo comprensible, los asuntos a corto plazo requieren atención inmediata, debido a lo cual nos ocupamos de ellos con urgencia. Sin embargo, nuestras metas a largo plazo también deben ser enfocadas con premura. No podemos descartar en nuestro día a día el ocuparnos de ir alcanzando nuestras metas, porque llegado el momento, encontraremos que ya es demasiado tarde y nuestros objetivos se frustraron.

Por desgracia, esta es la actitud que muchas personas tienen hacia el pecado. Ellos saben que tienen que corregirse, arrepentirse, perfeccionarse (Mat. 5:48). Pero, se aferran al pecado de todos modos. Después de todo, piensan, hay un montón de tiempo para lograr esta meta en el futuro: ¿No podemos disfrutar del pecado ahora, y renunciar a él más adelante?

Muchas personas tienen una actitud despreocupada hacia el arrepentimiento y la obediencia a Dios, en contraste con esto, la Biblia presenta estos como asuntos invariablemente urgentes.

Cuando hay cosas en nuestra vida que necesitan ser corregidas, debemos hacerlo sin demora. Lo correcto no se pospone. Observe los siguientes pasajes:

“Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios. Porque dice: En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido. He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación” (2 Cor. 6:1-2).

El tiempo aceptable para aprovechar la salvación en Cristo no está en el futuro. El mañana no existe. El tiempo de salvación es “ahora.” Hoy es el día para hacer lo correcto. Si tenemos que arrepentirnos y abandonar el pecado, hoy es el día para hacerlo.

“cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece” (Stgo. 4:14).

Nuestra vida es incierta y breve. Si podemos ver pecado en nuestra vida ¿podemos consolarnos con la idea de que vamos a tener más tarde tiempo para arrepentirnos? El mañana no está garantizado. A menudo nos sorprendemos al saber de personas que mueren antes de lo que esperábamos. La lección: “No podemos contar con el mañana.”

“Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 Ped. 3:10).

“Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escapan” (1 Tes. 5:2-3).

Si estamos vivos cuando el Señor regrese, no tendremos ningún aviso previo. Muchas personas han tratado de buscar signos de cuándo llegará el día del Señor. Pero, Dios no ha dado, ni dará, señal alguna que nos avise del regreso de Cristo en aquel gran día. El Señor vendrá “como ladrón en la noche” (inesperado y sin previo aviso). Por lo tanto, tenemos que estar preparados, velando con sobriedad.

“Y él, tomándolos en aquella misma hora de la noche, les lavó las heridas; y en seguida se bautizó él con todos los suyos” (Hech. 16:33).

Muchos en el mundo denominacional menosprecian la importancia del bautismo, diciendo que es un símbolo, pero que no es necesario para la salvación. El inspirado apóstol Pedro, sin embargo, claramente dijo, “El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva” (1 Ped. 3:21). La salvación es algo tan urgente, que el carcelero de Filipos y su familia no esperaron algún momento futuro para ser bautizados. Ellos fueron bautizados a una hora “inconveniente,” por decirlo de algún modo, pues lo hicieron de noche (“en aquella misma hora de la noche”). La lección de esto es que cuando tenemos que hacer lo correcto, y obtener así la comunión con Dios, debemos hacerlo ya.

Lo trágico de la falta de preparación

A pesar de lo anterior, muchos descuidan la urgente necesidad de arrepentirse de sus pecados. Ellos no toman en cuenta que si persistimos en lo malo, podríamos dejar pasar el tiempo de salvación. Jesús ofreció dos parábolas que describen la falta de una inmediata obligación para hacer lo correcto:

“También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?” (Luc. 12:16- 20).

Este hombre creyó que tendría un montón de tiempo en el futuro para su alma (“muchos años”). Lamentablemente, él no tenía más

tiempo (“esta noche vienen a pedirte tu alma”). Este rico necio, dio prioridad a otras cosas. Como resultado de ello, se perdió.

“Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas. Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite; mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas.

“Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron. Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle! Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas. Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan. Mas las prudentes respondieron diciendo: Para que no nos falte anosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas.

“Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta. Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir” (Mat. 25:1-13).

No sabemos cuándo vamos a estar delante del Señor. Él podría volver en cualquier momento, como la parábola de las diez vírgenes nos lo enseña. Nuestras vidas podrían terminar en cualquier momento, tal como sucedió con el rico necio. Debemos sensibilizarnos ante la necesidad urgente de abandonar el pecado. Si no apreciamos esta urgencia, continuaremos practicando la injusticia (“Toda injusti-

cia es pecado,” 1 Jn. 5:13). No podemos asegurarnos de algún tiempo futuro para hacer las correcciones necesarias a nuestra vida. Tenemos que hacerlo ahora. Debemos alejarnos del pecado ahora mismo.

Resumen

Es común que las personas pospongan las cosas. Las consecuencias de esto pueden variar dependiendo del valor de lo que se está dejando para el futuro. Sin embargo, renunciar al pecado no es algo para posponer. El arrepentimiento es una necesidad urgente. La muerte puede sobrevenirnos. El Señor podría regresar en cualquier momento. Si usted va a tomar en serio el desafío de superar el pecado con el poder del evangelio, tiene que vivir con el entendimiento de que es posible que no tenga tiempo más adelante, por lo que debe hacer lo correcto ahora.

Falta de Amor al Prójimo

Uno de los obstáculos a vencer, para superar el problema del pecado, es la falta de amor al prójimo. Muchos pecados que cometemos son contra otros. Cuando hacemos estas cosas, estamos demostrando una falta de amor hacia nuestro prójimo. Pablo escribió a los santos en Roma exhortándoles a amar a los demás, así ellos evitarían muchos pecados.

“No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor” (Rom. 13:8-10).

Si verdaderamente amamos a nuestro prójimo, vamos a procurar su bienestar como un asunto primordial de nuestras vidas. No lo haremos en desmedro nuestro. No vamos a hacernos daño. En su lugar vamos a amarlos como nos amamos a nosotros mismos. Jesucristo dijo que este era el segundo mandamiento en importancia después de nuestro deber de amar al Señor.

“Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mat. 22:39).

Es interesante notar, que nuestro deber de amar al prójimo se basa en el amor que debemos manifestarnos naturalmente, hacia nosotros mismos. Por lo tanto, si queremos tratar a los demás de la manera en que Jesús nos ha enseñado, debemos manifestar una correcta apreciación de lo que somos delante de Dios. Sin embargo, y obviamente, esto no quiere decir que seremos arrogantes. Después de todo, como ya hemos observado, hemos pecado y por lo tanto somos

dignos de muerte (Rom. 3:23; 6:23). No tenemos motivos legítimos para manifestar la soberbia. Simplemente, debemos tener una visión adecuada de nuestra persona, y dicha perspectiva es provista por la palabra de Dios.

“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Gen. 1:27).

Hemos sido creados a la “imagen de Dios.” Esto significa que ocupamos un lugar especial en su creación. Llevamos su “semejanza” en nosotros (Gen. 1:26).

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16).

Dios nos amó tanto que envió a su Hijo a morir por nosotros. Esto no fue un sacrificio insustancial o sin sentido. Uno no necesita ser un padre para saber lo difícil que sería el ver a su propio hijo sufrir. Dios sabía de antemano los sufrimientos y la muerte que Jesús tendría que soportar para salvarnos – lo cual era parte de su plan eterno. Aun sabiendo esto, el Padre celestial se mantuvo dispuesto a enviar a Jesús para que Cristo derramara su sangre a favor de nosotros.

“Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia” (Hech. 10:34-35).

Naturalmente, no apreciamos a la gente que no puede mostrarnos la amabilidad, el respeto o la consideración que merecemos. Por lo general amamos a los que nos aman. Pero, Dios no es así. Él es imparcial, sin favoritismos. Dios trata a todas las personas con el mismo estándar. No importa quiénes seamos, ni lo mucho (o poco) que otros nos aprecien. Dios está dispuesto a aceptarnos si le obedecemos.

“El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Ped. 3:9).

Dios nos ama tanto como para expresar de manera muy convincente su deseo de salvarnos. Él sabe que nuestra salvación dará lugar a una eternidad en el cielo con él. Esto es lo que Dios desea, y ha hecho todo lo necesario para que esto sea posible.

Para vencer el pecado, no podemos dejar de amar a nuestro prójimo de la misma manera en que Dios nos ha amado. El apóstol Juan escribió: “Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros” (1 Jn. 4:11; cf. Rom. 5:8). Debemos tratar a nuestro prójimo como Dios lo hace con él. Debemos tratar con los demás de tal manera que reflejemos la bondad que Dios ha mostrado hacia nosotros.

Tratar a nuestro prójimo de la manera en que Dios nos ha tratado

En primer lugar, debemos reconocer que nuestro prójimo también es “imagen de Dios” (Gen. 1:27). Nuestro prójimo también lleva la “ semejanza ” de Jehová Dios (Gen. 1:26). Por lo tanto, nuestro prójimo es especial.

En segundo lugar, debemos estar dispuestos a sacrificarnos por nuestro prójimo, así como Dios se sacrificó por nosotros (Jn. 3:16). Esto significa que pondremos activamente los intereses de los otros antes que los nuestros.

En tercer lugar, en vez de mostrar parcialidad, debemos tratar a los demás por igual. Nunca debemos tratar a alguien como menos importante que otras personas.

En cuarto lugar, debemos trabajar para salvar a todos, así como Dios nos amó tanto como para querer salvarnos e hizo todo lo necesario para que eso fuese posible. Si verdaderamente amamos a los

demás como Dios nos ama, nosotros haremos todo lo posible para el beneficio eterno de nuestro prójimo y trabajaremos para salvarle con el poder del evangelio.

Hacer estas cosas, obviamente, nos impide el pecar contra otros. Se hace difícil que alguien haga lo malo contra su prójimo cuando está activamente y conscientemente tratando a los demás como Dios lo hace. En todas nuestras relaciones con los demás, hemos de tener la mente de Cristo.

“Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Fil. 2:3-5).

Jesús es nuestro ejemplo perfecto. Él nunca pecó contra otros. Al contrario, Cristo nos amó con un amor tan grande que estuvo dispuesto a morir por nosotros (Jn. 15:13). Esta es la actitud que debemos tener hacia los demás. Hay que buscar el bienestar de otros primero, aunque ello requiera un doloroso sacrificio personal.

Si no manifestamos el “sentir” de Cristo (Fil. 2:5) seguiremos pecando en contra de otros. No obstante, cuando tratemos a nuestro prójimo como Dios lo hace, la injusticia no tendrá cabida en nuestras vidas.

Resumen

Cuando usted peca contra otros, demuestra una falta de amor por ellos. Para vencer el pecado, usted debe crecer en su amor hacia su prójimo. Para ello, en primer lugar recuerde la manera en que Dios ha demostrado su amor hacia todos, y a continuación, trate a los demás como Dios lo ha tratado a usted.

Falta de Amor a Dios

Si queremos la libertad de las cadenas del pecado, superando el pecado de nuestras vidas, nos haría bien recordar lo que Jesús describe como el más grande mandamiento.

“Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mat. 22:37-39).

Es esencial que amemos a Dios con un verdadero amor, el cual va más allá de la mera emoción o aprecio. Amar a Dios, necesariamente nos debe llevar a la obediencia.

“Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Jn. 14:15).

“Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Jn. 5:3).

Si el amor a Dios nos lleva a la obediencia a él, entonces, se deduce que la falta de amor a Dios nos llevará a la desobediencia y rebeldía. El hecho de que alguno no abandone el pecado, por lo tanto, indica que el tal no ama verdaderamente a Dios como debería hacerlo.

¿Por qué debemos amar a Dios?

Las Escrituras nos dan varias razones por las cuales debemos amar a Dios. La razón más importante tiene que ver con el carácter de Dios. Como nos dice el apóstol Juan: “El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor” (1 Jn. 4:8). Debido a su propia nat-

uraleza de amor, Dios ha hecho varias cosas para expresar su amor a favor de nosotros. A su vez, nuestro amor a Dios siempre será demostrado por nuestro proceder hacia él. Entonces, las cosas que Dios ha hecho por nosotros deben ser la motivación para amarle verdaderamente.

Lo primero que podemos notar es que Dios nos ha creado, proporcionándonos todo lo bueno en su creación (Sal. 8:1-9; Hech. 17:24-25).

“Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten” (Col. 1: 16-17).

“Amados hermanos míos, no erréis. Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Stgo. 1:16-17).

Dios, por su poder y amor, ha creado un mundo en el que podemos sobrevivir. De generación en generación, la humanidad ha prosperado gracias al cuidado providencial de Dios. Esta providencia se extiende incluso a aquellos que rechazan a Dios y se rebelan contra él (Mat. 5:45; Luc. 6:35; Hech. 14:17). Esto, por sí solo, demuestra el gran amor de Dios por la humanidad. Sin embargo, Dios ha hecho mucho más que esto.

“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su

bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Ef. 2:4-8).

Debido a su gran amor, Dios está dispuesto a extender su gracia a los que están muertos en el pecado para que vivan en Cristo. Es por su gracia que Dios nos salva. Esta gracia *no es incondicional* como muchos erradamente enseñan. Sin embargo, a la vez que podemos cumplir con las condiciones de su gracia, nadie puede afirmar que merece la salvación. ¿Por qué? Porque hemos pecado (Rom. 3:23) y la paga del pecado es la muerte (Rom. 6:23). Sin embargo, Dios nos ofrece la vida en su Hijo, Jesucristo.

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rom. 5:8; cf. 3:24-25).

La salvación que Dios ofrece tuvo un precio (1 Ped. 1:18-19). El Padre celestial tenía que estar dispuesto a ver a Cristo sufrir en la cruz (Jn. 3:16; Rom. 8:32), y Cristo tenía que estar dispuesto a dar su vida por nosotros (Heb. 9:5-10). Este sacrificio se hizo cuando todavía éramos pecadores, totalmente indignos de cualquier esperanza de salvación (Rom. 5:8). No obstante, Dios es un Dios de amor y quiere que seamos salvos.

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él” (1 Jn. 3:1).

El amor de Dios no sólo permite la salvación humana, sino que también permite que los obedientes tengan una relación especial con él. Todos los que nacen de nuevo (Jn. 3:3,5) llegan a ser hijos de Dios. ¡Qué gran amor de Dios! Él quiere que estemos con Él, no sólo en esta vida, también por la eternidad.

“Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos

salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tito 3:4-7).

Dios ha demostrado clara, y poderosamente, su amor por nosotros. Sin embargo, muchos cristianos parecen no estar dispuestos a trabajar para quitar el pecado de sus vidas. Continuar con el pecado, después de convertirse en un “cristiano,” es un insulto a Dios.

“Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?” (Heb. 10:26-29).

Mucha gente dirá “Yo amo a Dios.” Pero, el apóstol Juan dijo: “Hijos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Jn. 3:18). Afirmar el amar a Dios, sin hechos que lo demuestren, no tiene sentido. “pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él” (1 Jn. 2:5).

“Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Jn. 14:15).

“Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Jn. 5:3).

Si amamos a Dios, le obedeceremos. Por lo tanto, tenemos que renunciar a la desobediencia por amor a Dios. El apóstol Juan nos recuerda que los mandamientos de Dios “no son penosos” (RV1909), podemos obedecerlos con actitud y disposición adecuadas. Debemos amar a Dios verdaderamente, lo suficiente como para obedecerle de corazón.

Resumen

Cuando usted peca, es porque no ama a Dios como debería. Amar a Dios siempre da como resultado inmediato la obediencia a sus mandamientos. Por lo tanto, para vencer el pecado debemos enfocarnos en Dios. Una forma efectiva de hacer esto último, es mantener en la memoria todo lo que Dios ha hecho en su amor por nosotros. Así, pues, usted se verá en la “necesidad” de obedecer a Dios, no sólo con palabras, también con hechos.

Falta de Temor de Dios

Cuando el apóstol Pablo dijo que todos los hombres están bajo pecado, citó varios pasajes del Antiguo Testamento para describir el estado pecaminoso de la humanidad: “¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios...” (Rom. 3:9-17). Al final de ésta descripción, el apóstol especificó la mentalidad que motiva toda ésta maldad:

“No hay temor de Dios delante de sus ojos” (Rom. 3:18).

Cuando no hay temor de Dios, no hay motivación para obedecer a Dios. Con razón, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, ser temeroso de Dios está relacionado con la obediencia a Dios.

“El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre” (Ecles. 12:13).

“Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia” (Hech. 10:34-35).

La desobediencia a Dios es el resultado natural de la falta de temor de Dios. Si queremos vencer el pecado, debemos desarrollar un sano temor de Dios. Las Escrituras enseñan la necesidad de temer a Dios a la vez que proporcionan razones por las cuales debemos de hacerlo.

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Gen. 1:1).

Dios es el Creador del universo. La grandeza y poder demostrado en éste trabajo maravilloso impone respeto. Así es como Dios le preguntó a Job: “¿Dónde estabas tú cuando yo echaba los cimientos de la tierra? Dímelo, si tienes inteligencia” (Job 38:4, LBLA). Como vimos en el capítulo anterior, la providencia de Dios, a través de su creación, es signo elocuente de su amor y una de las causas que nos motivan a amarlo. Pero, su trabajo en la creación, que prueba su gran poder y capacidad, también nos da motivos para temerle.

“El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala” (Ecles. 12:13-14).

El temor de Dios lleva a la obediencia. La razón de esto es el hecho de que Él nos juzgará en el día final. Todo lo que hacemos, ya sea bueno o malo, recibirá justo pago. Incluso si somos capaces de ocultar nuestras malas acciones de los demás, no podemos escondernos de Dios. Él ve nuestras acciones, incluso nuestros pensamientos e intenciones y nos juzgará en consecuencia (Heb. 4:12-13; 1 Cor. 4:5).

“Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mat. 10:28).

¿Por qué hemos de temer el juicio de Dios? Porque él es capaz de hacer lo que otros no pueden. Al crecer es posible que hayamos percibido la intimidación de las pandillas en la escuela. Al ser adultos, es posible que temamos a los criminales, terroristas o gobiernos malvados. Obviamente, lo peor que cualquiera de ellos puede hacer es matarnos físicamente. Jesús dijo que no debemos temerles en consideración de lo que nos puede hacer Dios. Ellos pueden ser capaces de matar nuestros cuerpos, pero no pueden matar nuestra alma, nuestra persona espiritual interior, que sobrevive la muerte física y seguirá existiendo cuando nuestro cuerpo físico esté en la tumba. Así

que “no temáis” dijo Cristo. No obstante, hemos de temer a aquel “que puede destruir alma y cuerpo en el infierno.” El único que tiene el poder de hacer esto es Dios. No solamente porque tiene la autoridad para hacerlo, sino que ha demostrado a lo largo de la historia de la Biblia, su capacidad de destruir a los que no obedecen su voluntad. Debemos temer a Dios, porque él es el único que tiene el poder sobre nuestra alma.

¿Reverencia, terror, o ambos?

¿Qué tipo de miedo debemos manifestar hacia Dios? La mayoría de los estudiantes de la Biblia se apresura a responder que se trata solamente de un respeto reverente. El escritor de Hebreos habla de este tipo de temor cuando dijo: “Así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia” (Heb. 12:28). El respeto reverencial hacia Dios motiva la obediencia a sus mandamientos. Este tipo de temor es absolutamente necesario.

Sin embargo, hay otro tipo de temor que no podemos ignorar. El temor de Dios debe incluir *miedo hacia él*, por lo que él podría hacer si le desobedecemos.

“El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Heb. 10:28-31).

Sí, Dios está lleno de misericordia y amor. Son estas características las que observamos en las bendiciones que él ha derramado sobre nosotros y en la esperanza de la salvación que ha concedido a los que

le aman. Pero, el apóstol Pablo escribió: “Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado” (Rom. 11:22). Dios es un Dios justo. Esta característica es la razón por la cual él castiga el pecado: “Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom. 6:23). A lo largo de la Biblia podemos ver que Dios está dispuesto, y es capaz, de destruir a los que viven en rebeldía. Los eventos bíblicos del castigo divino sirven como ejemplos para nosotros, y refuerzan el punto del escritor hebreo: “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!”

“Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Cor. 5:10).

Compareceremos, sí o sí, ante “el tribunal de Cristo.” A la vez que él está lleno de misericordia y quiere que salvarnos (y lo ha demostrado), él ha dicho claramente que castigará a los impenitentes. Cuando estemos delante de Cristo, vamos a dar cuenta de nuestra vida, y “...cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí” (Rom. 14:12). ¿Estamos obedeciendo a Dios, o hemos dejado al pecado reinar sobre nosotros?

“Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir” (2 Ped. 3:10-11).

El juicio ante el tribunal de Cristo llegará de improviso, en cualquier momento. Nadie puede revelar la hora en que aquel gran día será manifestado, solo el Padre celestial (Mat. 24:36). Las predicciones de grupos religiosos falsos no pueden revelar lo que Dios ha

dejado oculto: “el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche” (1 Tes. 5:2). Por lo tanto, debemos prepararnos para el “juicio venidero” (Hech. 24:25).

Sabiendo lo anterior, continuamente debemos estar preparándonos. Y, ya que Dios destruirá a todos los impenitentes, deberíamos manifestar un comportamiento piadoso cotidiano. Deberíamos abstenernos “de toda especie de mal” (1 Tes. 5:22). ¿En verdad queremos poner en peligro nuestra alma por “los deleites temporales del pecado” (Heb. 11:25)? ¿Vale realmente la pena? Si usted piensa objetivamente, usted sabe que esto no es así. La recompensa de Dios es infinitamente superior a la de Satanás. No hay placer que pueda derivar del engaño del pecado al punto de someter nuestra alma a un castigo eterno, “excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (2 Tes. 1:9). ¡Temamos a Dios, guardemos sus mandamientos, y quitemos el pecado de nuestras vidas!

Resumen

Los que no temen a Dios no obedecerán a Dios. Si usted quiere vencer el poder del pecado, debe desarrollar aquel correcto temor, reverencial y santo. Un respeto por lo que Dios es y el terror de lo que puede hacer. Sabiendo que va a estar delante de él en el juicio final, prepárese para esa reunión.

Conclusión

Quitar el pecado de nuestras vidas parece una desalentadora, y hasta imposible, tarea. Como hemos estudiado, si bien es cierto que todos hemos pecado (Rom. 3:23), eso no significa que tenemos que resignarnos a una vida pecaminosa. Muchos, incluso los que se llaman a sí mismos “cristianos,” se contentan con permanecer en el pecado. Esta no debe ser nuestra actitud. Debemos tener la mentalidad de incomodarnos con el pecado y, a continuación, trabajar con diligencia para superarlo.

La Biblia nos indica la manera de no tropezar. Pero, ¿acaso no pecamos todos ocasionalmente? El hecho de que cristianos en ocasiones cometan algún pecado y lo acepten, no cambia lo que las Escrituras enseñan sobre el pecado. Hay una manera de velar y no tropezar. ¿Cómo? Hay cosas que añadir y mostrar.

“vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás” (2 Ped. 1:5-10).

Notemos lo que Pedro dice aquí. Dios ha hecho su parte, ahora le toca al hombre hacer la suya. Nunca tropezaremos si nos desarrollamos y practicamos éstas virtudes. También aprendemos que las

causas del pecado simplemente no son compatibles con estas virtudes cristianas. Cuando pecamos, es porque hemos obviado, menospreciado y/o ignorado lo que Dios quiere para nosotros.

Si nos dedicamos cotidiana y continuamente a la práctica y progreso en estas cualidades tan necesarias, entonces nunca tropezaremos. Como cristianos, tenemos que empezar a ver esto como un objetivo totalmente real, y no como un ideal inalcanzable.

“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Cor. 10:13).

El apóstol Pablo, nos enseña que podemos superar todas las tentaciones que enfrentemos. Nunca llegará alguna tentación que nos deje con la única opción de cometer pecado. Siempre tendremos la opción de hacer lo que es correcto. ¿Cómo podemos estar seguros de que una vía de escape estará allí todo el tiempo? “fiel es Dios.” Podemos estar seguros de que toda tentación se puede superar, ya que podemos creer por completo en un Dios confiable que nos lo ha prometido.

Si queremos agradecer a Dios, y llegáremos a cometer algún pecado, no nos excusaremos para justificarlo, ni nos resignaremos para permanecer en él esclavizados. En lugar de lo anterior, vamos a renunciar al pecado en arrepentimiento genuino.

“Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rom. 6:11).

“quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1 Ped. 2:24).

Jesucristo murió para hacer algo más que simplemente proveer el perdón de los pecados. Él murió para que nosotros, también, muramos al poder del pecado. Él nos ha dado la oportunidad de escapar de la esclavitud en la cual estábamos presos en el mundo.

“No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal,
de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias”
(Rom. 6:12).

Que no reine el pecado en usted. Póngalo fuera de su vida. Diligentemente trabaje para mantenerlo lejos. Eche mano de la libertad del pecado que Cristo ofrece.